



Dimos cuenta oportunamente del enlace, celebrado en Santiago de Chile, de la bella señorita Rosa Irarrázaval y Fernández y don Fernando Márquez de la Plata, tan querido en la Sociedad madrileña. La nueva señora de Márquez de la Plata, con cuyo retrato de novia engalanamos esta página, es hija de los marqueses de la Pica, título de Castilla que lleva ahora su padre don Fernando Irarrázaval y Marchena.

NUESTROS COLABORADORES

LA DIVINA LOCURA

Personajes: ALICIA MONTIEL, diez y ocho años, bonita como pocas, con el cabello doradísimo peinado en crenchas. Es una de las escasas románticas que quedan en nuestros días, y prefiere los libros que la dejan leer de autores españoles a las niñas novelas francesas de escritoras para señoritas.

ERNESTO HIDALGO, veinticinco años, escritor, alto, delgado, gran causeur, elegante sin afectaciones en su ademán y en sus palabras.

Lugar: En casa de los marqueses de Montiel, durante la fiesta de despedida antes del verano. Un saloncito arbitrario, en el que junto a un marfileño Cristo del Renacimiento se ve un narghile oriental, y encima de un encaje de Bouille se alza un Buddha de porcelana.

Cerca del balcón, en un divancito turco abrumado de almohadones, está ERNESTO HIDALGO, una pierna sobre la otra, balanceando la que cabalga, echada hacia atrás la cabeza, sosteniendo entre los dedos pálidos de su mano izquierda un aromático abduallah que sacude frecuentemente en el almirez de bronce que, a modo de cenicero, hay en una próxima banqueta de laca. La pantalla—de seda azul regencia con aplicaciones en oro—de una lámpara de pie, hace que el foco luminoso proyecte un gran cono de luz, iluminando la figura del escritor y sumiendo el resto de la salita en una encantadora penumbra.

ALICIA entra y se dirige al balcón. Al ver a ERNESTO, se detiene.

ALICIA (Sorprendida).—¡Ah! ¡Estaba usted aquí!

ERNESTO (Soltando el cigarrillo y levantándose).—Sí, señorita; pero, si estorbo...

ALICIA.—¡No, por Dios! ¡Nada de eso! Me he escabullido de los salones y venía al balcón, a respirar un poco de aire fresco... Allá dentro hace un calor terrible...

ERNESTO.—Terrible, esa es la palabra... Y, como usted y yo somos tan cobardes que nos asustamos de las cosas terribles, primero yo y luego usted hemos llegado hasta este saloncito huyendo de los terrores del calor.

ALICIA (Riendo).—Es usted muy humorístico...

ERNESTO.—¡Bah! Tomo la vida en broma, que es la única manera sería de tomarla.

ALICIA.—¿Paradojas?

ERNESTO.—Un poco... y ya que la casualidad nos ha traído aquí, si usted es tan amable que acceda a ello, podíamos charlar un rato. Tengo vivos deseos de conversar con usted.

ALICIA.—Por mí, encantada. Pero, ¿y si viene alguien y nos ve solos?

ERNESTO.—Si viene alguien, quien sea envidiará mi felicidad de estar con usted.

ALICIA (Inclinándose burlona).—Muy galante...

ERNESTO (Inclinándose serio).—Muy sincero...

ALICIA (Sentándose frente a Ernesto).—Anteanoche oí su conferencia en el teatro Eslava. Me gustó mucho.

ERNESTO.—¿Lo dice usted formalmente?

ALICIA.—¡Claro!

ERNESTO.—¿Cuánto me apena, entonces!

ALICIA.—¿Por qué?

ERNESTO.—Porque eso me indica que no goza usted de perfecta salud.

ALICIA (Asombradísima).—No veo la relación.

ERNESTO.—Pues es bien sencilla. Mi conferencia versó acerca del amor, ¿verdad? Hice un gran elogio, un desenfadado panegirico del amor. Y creo—y, si mal no recuerdo, ya lo dije en la conferencia—, que el que está enamorado padece enajenación mental.

ALICIA.—Yo no estoy enamorada...

ERNESTO.—Pero le interesa el amor.

ALICIA.—¿Y qué? Amo el amor en sí, en lo que representa y en lo que puede representar...

ERNESTO.—Y de amar el amor abstractamente a amarlo encarnado en una persona, va un paso...

ALICIA.—Ese paso no lo he dado aún...

ERNESTO.—Pero lo dará usted, Alicia. ¡Es inexorable! Cuanto dije acerca del amor en mi conferencia es cierto. Son conclusiones que he sacado de mi estudio personal referente al

amor. Cada hombre, y lo mismo cada mujer, lleva latente un manantial amoroso inagotable y pronto a desbordarse. Y conviene evitar que se desborde demasiado temprano...

ALICIA (Con los ojos muy abiertos).—¿Lo cree usted así efectivamente?

ERNESTO (Tras de mirar los ojos, de un azul de cielo limpio, de Alicia).—Lo creo... hasta cierto punto... y en ciertas ocasiones...

ALICIA.—¿En ciertas ocasiones?

ERNESTO (Recalcando al repetir).—Sí, en ciertas ocasiones...

ALICIA.—¿Cuáles?

ERNESTO (Vagamente).—Aquelas de trascendencia efectiva...

ALICIA.—No le comprendo, Ernesto.

ERNESTO.—¿Qué lástima! ¡Ahora que empezaba yo a animarme!

ALICIA.—Cada vez le entiendo menos...

ERNESTO.—Los asuntos de amor son muy complicados. Es difícil llegar a su fondo, desentrañar lo confuso de su madeja...

Hay una pausa. ERNESTO sigue contemplando la figura gracil, fina y aristocrática, de ALICIA. De los inmediatos salones llega la voz de un dilettanti que entona el *lucevan le stelle* de «Tosca».

ALICIA.—No creo equivocarme si digo que no fué usted sincero en su conferencia acerca del amor.

ERNESTO.—¿Eso cree usted?

ALICIA.—Hizo usted una extensa apología del amor, es cierto; pero no habló con verdadera franqueza.

ERNESTO.—¿Psch!
Otra pausa, brevisima.

ALICIA.—¿Contestará usted a una pregunta mía con absoluta verdad?

ERNESTO.—Naturalmente.

ALICIA.—¿Palabra de caballero?

ERNESTO.—Palabra de caballero. Venga la pregunta.

ALICIA.—Es esta: ¿qué es, para usted, el amor?

ERNESTO se levanta y da unos pasos por el saloncito. Luego se detiene ante ALICIA y habla:

ERNESTO.—¿Me permite usted que me ponga un poquitin cursi?

ALICIA (Riendo).—¿Póngase como quiera!

ERNESTO.—Entonces escúcheme usted, Alicia. Cuando yo tenía quince años hice unos versos, una rima becqueriana. Son unos versos de esos que, a los quince años, se hacen pensando en algo absurdo e irrealizable. Aquella breve composición fué dictada tan sólo por la fantasía, fijó el pensamiento en alguien que por tal fecha me inspiraba platónicamente. Y dicen así:

Huyendo del bullicio,
al terminar un baile,
cogida de mi brazo
saliste del salón.
Y en el jardín romántico,
a la luz de la luna
cándida, preguntaste:
«Dime, ¿qué es el amor?»

¡Inocente pregunta!
Yo, para contestarla,
mirando de tus ojos
la misteriosa luz
y respirando el cálido
aroma de tu aliento,
te dije embelesado:
«El amor... eres tú».

ALICIA.—Lindísimos versos.

ERNESTO.—Ahora, la escena ha cambiado. Uno y otro hemos salido del salón, pero no juntos, y mucho menos cogidos del brazo. Tampoco estamos en el romántico jardín de que habla la rima, aunque sí cerca de él; por ese ventanal veo las frondas que se iluminan con el rayo lunar. Y usted me ha preguntado qué es el amor. Y yo... yo la contesto lo mismo que, a una pregunta imaginaria, contesté en unos versos hace ya diez años: «El amor... eres tú».

ALICIA (Súbitamente teñido de carmin su rostro y cubriendo con los párpados de seda las pupilas brillantes).—¿Ernesto!

ERNESTO.—Sí, Alicia, sí. El amor es una locura, la más sublime, la más divina de las locuras; es locura que hace feliz o que hace desgra-

ciado, pero locura inefable y única. Y yo, Alicia, yo también estoy loco, completamente loco de esa exquisita locura del amor...

ALICIA (Repitiendo el nombre, trémulos los labios y jadeante el pecho).—¿Ernesto!

ERNESTO.—¿Alicia!

Hay una pausa, muy larga, en que ALICIA y ERNESTO se miran a los ojos, anhelosamente. Hasta el saloncillo llega el quejido de un violín que interpreta la *dulcisima* *Révère* de Schumann. Y cae, lento, el TELÓN.

CARLOS FERNÁNDEZ CUENCA.

JOSÉ ANTONIO ALVAREZ Y CANTOS

Interrumpo mis «Semblanzas», dedicadas hasta ahora exclusivamente a «Damas españolas» que, por sus virtudes y abolengo, son orgullo de nuestra Nobleza, para rendir tributo de admiración a esa otra aristocracia del talento, don inestimable del cielo que, teniendo sus fuentes de inspiración en la Belleza, hace de sus cultivadores esos seres privilegiados que llamamos *artistas*. Aristócratas de la sangre los unos, del espíritu los otros, ambas aristocracias son gloria de la Patria y honra y prez de la raza.

Y al hablar del Arte en sus múltiples manifestaciones, sintiendo mi innata predilección por la Literatura y la Música, evoca mi mente con verdadera delectación las armoniosas páginas escritas por nuestros músicos y poetas, que son venero fecundo de purísimas inspiraciones.

Hace escasamente un mes tuve ocasión de escuchar la maravillosa composición de un joven novel paladín del Arte, José Antonio Alvarez y Cantos, que, en un poema sinfónico, pródigo en matices y melodías, supo describir, con ritmos inusitados, todo el sublime sentimiento de una poesía de Gabriel y Galán. «La Romería del Amor» es el nombre de la obra del poeta y «La Romería del Amor» llámase también el poema musical que en los exámenes de concurso del Conservatorio mereció Diploma de *Primera clase, por unanimidad*, y que fué brillantemente interpretado por los profesores de la Orquesta Filarmónica, bajo la dirección del joven y simpático concursante.

El nuevo compositor triunfó con éxito franco, cual deben triunfar siempre los grandes genios como el suyo que, además, alboró sus sentires artísticos al lado del insigne autor de *La Verbena de la Paloma*, y terminó su carrera con el laureado Conrado del Campo, insigne maestro, sabio modelador de artistas y autor de obras estrenadas en el regio coliseo.

¡Bajo las enseñanzas de tan esclarecidos maestros y con un espíritu como el de José Antonio no es de extrañar que se triunfe siempre! Y José Antonio Alvarez que en sus dos composiciones, el motete a la Santísima Virgen, a cuatro voces, cantado por las señoritas alumnas del Conservatorio, y el mencionado poema, de lozana y vigorosa orquestación, tantos aplausos atrajo, revelándose como hábil director avezado a la batuta y formidable compositor de sólido tecnicismo y alma muy artista, sabrá conquistarse con nuevos éxitos la general admiración cuando, en su lucha por la vida y el Arte, al escalar las cumbres de lo sublime, la gloria le brinde la corona de laurel...

En plena juventud, vehemente, alegre y simpático, sencillo y modesto, pero brioso y valiente para el vivir, compartió su tiempo entre sus estudios y los sagrados deberes del hijo amante; por eso Dios bendijo sus nobles aspiraciones favoreciéndole doblemente con inestimables dones, pues el joven estudiante al soñar con la batuta, objeto de sus ilusiones, resultó también inspirado compositor, que nos deleitará con la repetición de «La Romería del Amor» en próximas temporadas de conciertos, como así lo pidió la Prensa y la misma Orquesta Filarmónica, y seguirá deleitándonos con las sublimes armonías, hijas de su mente soñadora, juvenil y romántica, cuando él mismo, al frente de brillantes orquestas, haga desgranar, bajo la dirección de la mágica varita, todo un derroche de melodías exquisitas que, al despertar emociones profundas, levante nuestro espíritu, purificándolo con su Arte.

TORRES DE GUZMÁN.

"S. M. LA REINA AMELIA DE PORTUGAL, PRINCESA DE FRANCIA"

POR OLGA DE MORAES SARMENTO



S. M. La Reina Amelia de Portugal.

Es indudable que las biografías escritas por mujeres tienen un interés singular y mucho más si la persona cuya vida se relata es también mujer y han podido recogerse, por tal modo, las mil sutilezas del alma femenina que de ordinario pasan inadvertidas para el narrador hombre, más atento a la ordenación y clasificación de hechos concretos que a la difícil tarea de interpretar lo abstracto. Si a ello se agrega el que dicha labor es llevada a cabo por una persona de positivo talento, erudición, y fervoroso entusiasmo, puede darse por seguro que la obra resultará perfecta, y tal ocurre en verdad con el libro cuyo título encabeza estas líneas y del que es autora la ilustre escritora y miembro de la Academia de Ciencias de Portugal, doña Olga de Moraes Sarmiento.

Si la Reina, motivo de la obra, es como figura, interesante, no lo es menos la de su historiadora, mujer de exquisito gusto y dueña de uno de los pocos salones que sostienen el prestigio de aquellos deliciosos centros de la cultura dieciochesca en la capital de Francia.

En efecto, por la linda casa de la señora de Sarmiento, en París, desfilan cuantos artistas y literatos de relieve, se hallan de paso o definitivamente instalados en esta ciudad de adopción de la escritora.

La obra que Olga de Moraes Sarmiento acaba de publicar no es, y así lo advierte su autora, una historia crítica ni detallada de los acontecimientos políticos que costaron la vida al Rey Don Carlos y a su joven heredero, sino una exposición a grandes rasgos de la figura de la Reina; de esa gentil Princesa de Francia que por modo tan desinteresado, entusiasta y leal colaboró al bienestar y felicidad del pueblo cuyos destinos regía su real esposo, y que en forma tan trágica vió morir a este y a su primogénito y derrumbarse más tarde el trono al que había sido elevado por ley de destino el joven Monarca Don Manuel.

La señora de Moraes Sarmiento nos presenta a la Reina Doña Amelia en el momento de llegar a Portugal para celebrar sus desposorios; y con fina comprensión y estilo ameno, nos hace seguir a la joven Princesa desde los primeros difíciles momentos de su instalación en una Corte nueva; a través de los años felices de su reinado, en los que tanto y con tan incansable interés laboró por el engrandecimiento y mejo-

ramiento del país y por la educación de sus hijos, hasta el terrible momento en que puesta de pie en el coche trató de defender con su cuerpo a los seres queridos cuya vida amenazaban los enemigos políticos; y más tarde, luego de desterrado Don Manuel, nos la presenta paseando de tierra en tierra su afligido corazón en el que, sin embargo, logra sobreponerse siempre el ansia de felicidad de su hijo, y la dignidad de la mujer de raza.

Entre los comentaristas y testigos de la estancia de Doña Amelia en Portugal cita la autora al conde de Sabugosa, Gran Maestre de la Corte cuando se celebró la regia boda y leal defensor de la Monarquía. El ilustre prócer habla con entusiasmo de la presentación de la joven prometida cuyo traje blanco y celeste, parecía un trozo del cielo que cubría la tierra y el pueblo que con delirante entusiasmo la aclamaba; bien ajena al trágico fin que había de tener una

era iniciada bajo tan gratos y alegres auspicios.

Avalora también Olga de Moraes Sarmiento su interesante obra con el testimonio del genial escritor Eca de Queiroz.

«La Reina de Portugal,—dice el formidable novelista lusitano, ha recibido del cielo el don de una belleza tan llena de gracia que no tiene más que dejarse ver para gobernar. Esta cualidad femenina es una virtud de estado tratándose de un pueblo tan finamente sensible a la hermosura como el portugués, sobre todo, cuando como ocurre con la Reina, se añade el espíritu de sociabilidad que ella heredó de sus mayores y que fué siempre una de las elegancias morales de su casa.» Y tras algunas consideraciones generales acerca del Arte de Gustar, tan esencialmente francés, agrega Eca de Queiroz:

«En la Reina Amelia este atractivo se halla en su dignidad familiar, llena de atenciones, penetrada de sensibilidad, pronta a interesarse dulcemente y a tratar de igual a igual, sin por ello dejar de ser contenida y reflexiva».

Habla el inmenso escritor de la simpatía que llegó a inspirar Doña Amelia al punto de constituir una fuerza social; atribuyendo el cariño que por ella sentía el pueblo al que ella demostró en todo momento por el país de su elección. Eca de Queiroz no escatima a la Soberana sus alabanzas. Lealmente, generosamente reconoce no ya solo su belleza y su inteligencia nada común sino sus altas cualidades de espíritu, su abnegación y su elevado concepto de la misión maternal.

No es de sorprender el que figura tan sugestiva haya inspirado a Olga de Moraes Sarmiento el deseo de expresar por medio de unas páginas de emocionante realidad su admiración por la Reina que supo conservar toda su entereza de alma, a través de las crisis más dolorosas y el más hondo pesar.

BEATRIZ GALINDO.



La notable escritora Olga de Moraes Sarmiento.

ESCRITORES ARISTOCRÁTICOS

ANTONIO DE ZAYAS, DUQUE DE AMALFI

No se por qué en España han solido tener los traductores un puesto secundario en la literatura. El caso del obispo francés Amyot que es inmortal y al que se cita con toda reverencia por haber traducido a Plutarco y a Longo no se comprende en nuestro país. Por ello Antonio de Zayas, duque de Amalfi, actualmente ministro de España en Viena, no se ha contentado con ser el traductor más eminente que aquí han tenido las letras francesas. Ha querido hacer obra original, aunque apoyado siempre en los modelos parnasianos de Francia y lo mismo sus traducciones que sus poesías originales forman hoy en día quizá la más valiosa aportación de la literatura española al perfeccionamiento y modernidad de nuestra lengua y nuestro arte plástico con expresión literaria. Los versos del poeta diplomático permanecerán «duros como los bronce» según la frase de Gautier. Sus versiones castellanas de *Los trofeos* y de otras composiciones de José María de Heredia el francés, igualan en el idioma de Cervantes las bellezas con que avaloran el idioma de Ronsard en que fueron escritas, y si Heredia y los parnasianos son cúspides de mucha consideración en el panorama de la lengua francesa a través de los tiempos, Antonio de Zayas ha de ser tenido a su vez por astro principalísimo en la historia de la lengua castellana, de la que al presente, por lo menos en la poesía y en el estilo objetivo, es legítimo soberano.

Al duque de Amalfi le perjudican en su renombre literario el espíritu y el método hegelianos con que ahora se estudia y se escribe la historia de la literatura. Mas no basta para doblegarse a ciertas modas, decir, parodiando una frase célebre, que «ha venido demasiado tarde a un parnasismo demasiado viejo» en una nación donde no hubo parnasianos a su tiempo debido. La figura de Zayas, como poeta, se sobrepone a cuantas modas científicas puede imponer a la raza latina el mundo germano. Su caso es la verdad que avasalla métodos cronológicos y procedimientos de investigación. Las historias de la literatura hispana deberán consignar de ahora en adelante que en el primer cuarto del siglo XX hemos tenido un poeta igual por el númen, la técnica y la valía de sus versos a Leconte de Lisle y Heredia con la ventaja de que el nuestro es español y los otros en rigor no eran franceses.

José María de Heredia rememora dos nombres: el de su homónimo, primo hermano suyo por la sangre, excelente poeta de habla castellana y el de su traductor español Antonio de Zayas, que se le parece en el espíritu más todavía que su pariente el cubano.

Tan próxima es la hermandad entre Francia y España que no es posible estudiar la una olvidando a la otra. Arte, literatura, pensamiento, política y moral (en el sentido de lo que se refiere a las costumbres) han de tratarse con la vista en ambos países a la vez. Si no, resulta la obra coja, desequilibrada, incompleta... Para escribir seriamente sobre cosas de Francia hay que ser hispanista y así no se podrá estudiar a Heredia sin conocer los versos originales de Zayas que aclaran, explican y redondean el pensamiento del autor francés.

La colección de sonetos *Los trofeos*, se lean en su lengua original o en las traducciones del duque de Amalfi, se avalora y realza junto a la colección de sonetos castellanos que con el título de *Reliquias* ha publicado el insigne poeta español. Heredia es un técnico que transpone al campo de la poesía los procedimientos difíciles del artista plástico que trabaja con materiales duros en obras delicadas. Zayas, al traducir a Heredia, ha tropezado con las mismas dificultades técnicas de que salió victorioso el vate parnasiano y ha conseguido en la lengua caste-

llana triunfo idéntico al de su modelo, pero después en sus composiciones originales ha logrado nueva victoria. Con la misma rigida disciplina, igual erudición, tesoro no menos rico de conocimientos arqueológicos, artísticos, litúrgicos e históricos, Zayas es más espontáneo que Heredia y hasta me atrevería a decir que poeta más entero. La razón está en que Heredia tiene siempre miedo de ser personal y aprisiona su alma en las imágenes que evoca. Su afán de

cas de Grecia, en los versos franceses de Heredia hay, al lado de una inspiración sana y de un verdadero genio de poeta, escuadra, regla y compás en proporción más que deseable. El autor no se empalaga con la miel del Himeto y bebe con prudencia de la Castalia y la Hipocrene. Zayas, por el contrario, inunda sus fáuces en esta divina linfa, no es tan circunspecto, se da más a la inspiración y, una vez en su mano los recursos literarios con que ha de vencer las dificultades técnicas por él mismo buscadas, no teme ser espontáneo ni tiene a menos sumergir a los lectores en melodías acariciantes que pudieran enervar con su ritmo cadencioso si no respondiesen a ideas y sentimientos de los más altos, nobles y sanos que hay en la vida.

Para que se observen estas diferencias entre el autor de *Los trofeos* y el de *Reliquias* voy a copiar tres sonetos: *El estoque*, de Heredia, traducido por Amalfi y los originales del poeta español que llevan por títulos respectivos *Custodia* y *El caballo de la Plaza Mayor*.

Dice así Heredia, a través de Zayas:

«Del estoque en el pomo se lee: Calix-
(to Papa
La Tiara, las Llaves, la Barca, el Pecto-
(ral...
blasonan, en relieves de un arte magis-
(tral,
el Buey hereditario esculpido en la chapa.
Ríe en el fuso un sátiro que el cráneo as-
(tado tapa
por un cairrel de yedra con granos de
(coral;
y brilla del esmalte tan vívido el metal,
que más que el filo hiera la luz que de él
(se escapa.
Antonio de las Cellas acicaló en su forja
este guerrero báculo y al darlo al primer
(Borja,
en él de su linaje preséntale el agüero;
que más aqueste estoque que Ariosto o
(Sanazaro,
por su áureo puño dice y por su tem-
(ple raro,
Alejandro pontífice y Césarcondotiero.

He aquí el soneto *Custodia*:

Experto artista milanés, que el lauro
cinció en brocineo medallón a Orfeo
y a la sien de Mercurio el caduceo,
y el látigo de Alcides al Centauro,
labró este sol con sílice del Dauro,
que en el altar de la vetusta Seo
eleva Marcos apoyado en Leo
al par que Lucas sostenido en Tauro.
La empresa de los dos evangelistas
alumbran llamas tímidas de velas
y el resplandor de lámparas de azofar;
y en torno del viril cien amatistas
separan redondelas de espinelas
y estrellados polígonos de aljófara.

¡Qué bella también la pintura del caballo de
(Felipe III!

Del Rey de España y Portugal Filipo,
que la bengala en el gregüesco apoya,
sufre, bronconeo palafren de Troya,
las espuela y pisa petulante el cipo.
No es de belleza clásica arquetipo,
ni es de las Artes Renacentes joya;
es un presagio del humor de Goya
que afrenta a los cinceles de Lysipo.
Al trotar finge estremecer el suelo
do toros inmoló Villamediana
y a Sieteiglesias bárbara cuchilla,
y oye rasgar la púrpura del cielo
la pretérita voz de la campana
del reloj de las Casas de la Villa».

La erudición, tan grata a Heredia, fluye aquí con naturalidad que enamora. A ningún soberano español más que a Felipe III, se le puede llamar en general, sin distinciones ni acotaciones cronológicas, Rey de España y Portugal. Por lo demás ¡qué riqueza de léxico! ¡qué joya tan admirablemente acabada! ¡qué intelectualismo tan en su punto, que no perjudica ni aminora una tilde la integridad de los detalles! ¡qué por-



El ilustre poeta y diplomático don Antonio de Zayas, duque de Amalfi.

objetivismo le hace reducir más y más las inducciones a que le conduce la vista de los objetos sensibles. Quiere expresar ideas y sentimientos con materia dura como el bronce, el esmaltista, el armero, el orfebre, el que talla topacios y rubies... La lengua es para él pórfido y granito y aspira a dejar en su producción solamente la huella de una mano que pueda dominar el mármol y el bronce como si fueran encajes o blanda cera. A Zayas, que vive en otra época, en otro país y en otro medio literario, no tiene por qué asustarle el fantasma del personalismo y no pone una barrera entre la pluma y el corazón o el cerebro. Para Zayas existe el mundo exterior, lo mismo que para Heredia, con lujo igual de pormenores que deben replegarse sin que sufran menoscabo ante las exigencias del soneto, la medida del verso o, a veces, los ritmos extraños, placer del oído que el poeta se complace en armonizar. Pero con todo ello, el vate español no es cicatero de su espíritu. Si pudieran usarse en poética términos de lógica, diría que Zayas deduce donde Heredia no se atreve a inducir. A la puerta de *Los trofeos* podría ponerse quizá la inscripción de la escuela de Academos: «No entre quien ignore la geometría». Como en las obras arquitectóni-

tentosa visualidad! ¡qué manera de poner el alma de rodillas ante la «Custodia»...!

En tan corto espacio no es posible estudiar una figura literaria tan rica en facultades y tan compleja como lo es la del duque de Amalfi. Vaya un elogio entusiasta a los *Joyeles bizantinos*, los *Retratos antiguos*, los *Paisajes*, las *Noches blancas*, las *Epinicios*.... Queden por hoy omitidas las obras en prosa, como los *Ensayos de crítica histórica y literaria* y el libro *A orillas del Bósforo* en el que se acredita el autor como diplomático de buena cepa y como viajero digno de Pausanias.

El último libro de Amalfi se intitula *Plus ultra* y es el más bello poema de América que se ha escrito en español. Zayas ha tenido al componerlo su ninfa Egeria. Se lo ha dictado Clío investida como jamás lo estuvo de su naturaleza de musa, porque la historia y la poesía se dan aquí tan fuerte abrazo que diríanse Hermes y Afrodita fundiendo en uno solo sus dos cuerpos. Ningún libro didáctico informa como estos versos de Zayas sobre las tierras y los hombres de América y el espíritu de la conquista y la ci-

vilización española al otro lado del Atlántico, *Plus ultra*, más allá de las Columnas de Hércules...

Los poemas de Antonio de Zayas que hay en este libro debieran leerse a diario en todas las escuelas de España y de América.

Quienes hemos gustado las asperezas elegantes de Bernal Díaz del Castillo que son como agua pura de pedernal, no podemos por menos de inclinar el alma ante el retrato que traza nuestro poeta del héroe historiador, el cual

«los grandes portentos que ve, no recita, sino en prosa narra, que escribe despacio sin reminiscencias del arte de Horacio, ni de los preceptos del Estagirita.»

¿Qué carácter tiene su obra? Oigamos al poeta:

«El concepto justo, la emoción lozana, imparcial el fallo, comedido el tono, sus relatos, limpios de envidia y de encono, tienen la pureza de una azul mañana.»

Y diáfanos fluyen cual de una fontana la linfa en arroyos por el verde otero, y están impregnados de olor de romero, color de amapola, sabor de manzana.»

El poema termina con la siguiente estrofa:

«¡Bien haya este hidalgo que, sagaz la vista, prodigioso el tacto y alerta el oído, por la sabia industria de Cadmo, ha sabido de la Nueva España fijar la conquista! ¡Gloria al buen soldado, honor al cronista que los españoles fastos interpreta con las desnudeces de un anacoreta y las certidumbres de un evangelista!»

Plus ultra es libro que hace pensar en Homero, salvando, como es natural, tiempos, países y civilizaciones. ¡Bien haya el poeta que le ha dado cima para honor de España y de su cultura siempre noble, gracias a los excelsos varones que se llaman Garcilaso, Ercilla, Antonio de Zayas...!

LUIS ARAUJO-COSTA

JUNTO Á LA TUMBA DE FELIPE II

EL «FEZ» DE MULEY HAFID

En estos tiempos en que se viene hablando de la imprescindible necesidad de afrontar y resolver rápidamente el problema de Marruecos, la persona del ex-sultán Muley Haffid se ha presentado ante nuestra vista sin algo que siempre fué el más fiel de sus atributos de musulmán y de rey: sin su famoso «fez» que tanto y tanto se ha popularizado por capitales, ciudades, pueblos y villorrios españoles.

Muley Haffid, el enemigo encarnizado de los franceses, que aquí le tienen confinado; el que con un golpe de audacia destronara a su hermano Abd-el Aziz; el que, para quitarse de en medio un enemigo, no vacilara en echar al Roghi a la jaula de sus leones hambrientos, había ido adoptando usos y costumbres europeas y sus ropas, de irreprochable corte inglés, en nada tenían que envidiar a los elegantés más extremados. Solo una cosa conservaba, que hacía recordar su pasada realeza: el rojo «fez» que, como prenda musulmana no se separaba ni un solo momento del destronado emperador de Marruecos. El «fez» de Muley Haffid era algo tan unido a su persona que no se concebía al uno sin el otro: en los turnos impares del Real, de Madrid; en las famosas funciones del Liceo, de Barcelona; en los miércoles y viernes de moda de la Compañía Guerrero-Mendoza o en las horas de la madrugada en los «cabarets» madrileños y barceloneses, era cosa corriente encontrar al sultán destacando su rostro cetrino por encima de la pechera almidonada y reluciente, como podría vestir el conde de la Cimeira o el infante don Fernando; pero tocando su cabeza con el «fez» que ocultaba a las miradas de las gentes sus cabellos negro, entrecanos y ensortijados. Era el matiz mahometano que aún le quedaba al que, descendiendo en línea directa del rey de los creyentes, no podía reinar porque no convenía al equilibrio europeo en el Norte de Africa...

Pero nuestro asombro ha sido inmenso al ver tres veces en el intervalo de ocho días, al ex-sultán destocado, sin su característica prenda, sin el atributo que le hacía ser conocido por todos y que todos dijeran con aire de bien enterados: ¡Es Muley Haffid que ha vuelto a tener

dinero! ¡Ha vendido sus palacios de Madrid y de Barcelona y su famoso brillante! ¡Pronto volverá a arruinarse para darse el gusto de decirle a Francia que o le envía unos cuantos millones o levanta contra las tropas de Lyautey a las kabilas que le son afectas!

Todo esto va a desaparecer con la desaparición de su famoso «fez». Aún conociéndole bien nosotros nos hemos sentido perplejos viéndole en días pasados en el Stadium Metropolitano y en la puerta del monasterio escurialense luciendo su flamante sombrero de paja en Madrid y destocado, como un veraneante más, en la tierra que guarda los restos del rey misántropo y gotoso. Parecía como si el espíritu musulmán hubiera querido rendir un tributo de pleitesía a la refinada ultracivilización del aristocrático cenáculo de Madrid veraniego, o hubiera sentido en su alma, poco propicia a los estudios contemplativos, toda la severa grandeza de la «octava maravilla».

Con la desaparición de su «fez» se ha convertido Muley Haffid en un aristocrático más, de los que ven desfilar ante su vista las botellas del «champagne», o en un burgués de los que veranean en el Real Sitio, por la comodidad que éste ofrece para no abandonar los negocios de la Corte. Los que le conocemos nos hemos extrañado de que, por completo, haya dejado de ser moro y los que no le conozcan no podrán deducir por su roja caperuza que tienen ante su retina al tirano de millares de hombres que le obedecían ciegamente y que dejó de mandar en ellos, acaso, acaso, por su excesiva europe-

En uno de sus admirables discursos dijo una vez D. Antonio Cánovas del Castillo:

«Por la madre y por la patria siempre, con razón o sin razón.»

Las palabras del insigne estadista no se han olvidado de nuestra memoria. Las recordamos en todo instante. Las recordaremos siempre.

zación. Muley Haffid, dejando a un lado sus crueldades de un momento y las desenfadadas pasiones, muy en consonancia con el pueblo que regía, fué un sultán a la moderna. Quiso civilizar su país, llevó automóviles, máquinas trilladoras, arados de doble vertedera, profesores de idiomas para sus esclavos y favoritas y hasta quién sabe si por su mente llegó a pasar la idea de los «cabarets» que él había visto en Montmartre o en el Picadilly londinense. Pero esto no agradó a la nación protectora que había tomado sobre sí la misión de surtir a los moros de estos refinamientos y Muley Haffid fué destronado para dejar el paso libre a Muley Yuseff, que ha sabido dejarse civilizar por la mano protectora del mariscal Lyautey.

Con el «fez» del ex-sultán ha desaparecido el último vestigio de su pasado sultanato; sólo un negro esclavo, también vestido con británica elegancia, hace recordar al vencedor del Roghi y al hombre en quien en todo momento están fijadas las atenciones del partido colonista francés. De hoy más, el sultán ha dejado de serlo del todo. Su europeización es tan completa que al decir de los que le tratan ni se priva de los narcóticos que el gran Brandelaise clasificara entre los «paraísos artificiales». ¡Acaso hayan sido las drogas heroicas las culpables de la desaparición del último emblema musulmán que ostentaba la cabeza del hijo del Profeta! Morfina y cocaína son palabras que no casan bien al lado de un blanco turbante o de un rojo «fez». Por eso, sin duda, Muley Haffid, cansado de esperar un trono que no habrá de volver a ocupar, se ha decidido a ser un aristócrata o un burgués más de los que se emborrachan en los cenáculos de última hora en Madrid o pasean indolentemente por los montes cercanos a la tumba de Felipe II.

El sultán, sin su característico «fez» se ha convertido para el pueblo español en un sultán «nuevo rico», en un hombre a quien nadie conoce. Y creemos sinceramente que Muley Haffid sin el gorrito rojo deja de ser un motivo de intranquilidad y de preocupación para nuestros buenos amigos los franceses...

LUIS BENAVENTE

El Escorial.

LA CATEDRAL DE SALAMANCA

Los altos poderes, íntimamente unidos, predominaron siempre en Salamanca y fueron esencia de su vida: la Iglesia y la Universidad. Con su estrecha unión, dieron testimonio perpetuo de cómo la Religión y la Ciencia pueden hermanarse perfectamente, ya que la una es fuente fecunda de la otra. Al lado de la Iglesia, y amparado por ella, se desarrolló el glorioso Estudio salmantino, y con su favor y merced a su ayuda generosa, nacieron y crecieron los Colegios mayores y menores, que en el siglo XVII contribuyeron a la glorificación de la que también pudo ser llamada «Ciudad-luz», cual el de San Bartolomé, cuyo edificio levántase todavía en la gran plaza, frontero a la Catedral, y como el de Santiago, luego de los Irlandeses, que es uno de los monumentos más interesantes de la urbe salmantina.

Como formando el símbolo de aquella unión, permanece la insigne Universidad al lado de la Catedral gloriosa. Una estrecha calleja las separa, y a cierta distancia, la magna torre del templo, de rica ornamentación plateresca, se antoja que es torre del Colegio. Muchas veces el zumbido de colmena de los escolares parece confundirse con el rumor de los rezos y los cánticos de la liturgia, y el perfume del incienso penetra en las aulas por sus ventanas abiertas a todas las manifestaciones del espíritu.

De sus tiempos de esplendor, en los siglos XVI y XVII, poseía Salamanca más de ochenta monumentos de alto valor artístico y no menor interés histórico, entre religiosos y civiles. La mayoría de ellos fué desapareciendo, víctima del abandono y la ruina, con la gran decadencia de Salamanca, y apenas quedaron unos treinta para testimoniar la riqueza del llamado «siglo de oro». Se advierten en los que subsisten manifestaciones espléndidas del arte románico y del gótico; pero en la mayor parte predomina el gusto del Renacimiento. Entre los edificios religiosos descuella con su arte soberano y su grandiosidad la magna iglesia de San Esteban, convento de dominicos, cuya portada, cuya nave y cuyo claustro son exquisitas joyas.

Pero el monumento más hermoso de Salamanca, entre los religiosos y los civiles, es, naturalmente, la Catedral, de magníficas proporciones y gran belleza en su exterior, que coronan tres líneas de caladas y finas cresternas, pináculos y florones. La ornamentación en sus pórticos de fachada, coronamiento y torres es tan espléndida, que hace al templo salmantino digno de figurar entre los mejores de España. Los aficionados a la estadística han contado en el exterior hasta unos 240 pináculos, botareles, agujas y florones, formando un maravilloso bosque en el coronamiento, y hasta noventa ventanas, de bella traza y decorado. Los artifices del Renacimiento y los de la época de transición dejaron en ella los frutos más sazonados de su talento y de su inventiva en aquel grandioso poema de la piedra espiritualizada.

Para la construcción del templo primitivo, fué otorgado privilegio hacia 1102, en la época de la repoblación de Salamanca, por el conde Raimundo de Borgoña y su esposa Doña Urraca, hija de Alfonso VI. De esta vieja Catedral de Santa María queda una parte principalísima, íntimamente unida a la nueva basílica, y con ella, como glorioso recuerdo de la Fortis salmantina, la grandiosa nave que corona la famosa cúpula bizantina de la llamada «Torre del Gallo», ejemplar maravilloso de arte, originalísimo, casi pudiéramos decir único, objeto de estudio para los técnicos en los tiempos pasados y en los presentes, como lo será en los futuros. Las obras de restauración que en la célebre cúpula se realizan, para evitar su ruina, han servido a los peritos para descubrir los secretos de su extraña estructura.

También los profanos, si son gustadores del arte, pueden formar juicio de su mérito y belleza, y aun establecer comparaciones sin trascendencia, cuando han admirado las cúpulas también famosas de la Catedral de Zamora y de la Colegiata de Toro. El arte románico no produjo en la región castellano-leonesa, ni en toda España, obras tan bellas en ese elemento arquitectónico como las tres citadas. Por el parecido de su estructura y ornamentación se han considerado como cúpulas hermanas y se han atribuido a artistas orientales. Pero, la «hermana mayor», la más soberbia y más original entre las tres, es la «Torre del Gallo».

Sostenida por recios pilares, asentados sobre anchas bases circulares, y formados por haces de columnas que rematan en capiteles riquísimos de hojas y figuras, se levanta sobre el crucero de la vieja Catedral la grandiosa cúpula. El primer cuerpo, que se apoya en los arcos torales, es un amplio tambor, cortado en lienzos por adornados nervios; en él abren dos órdenes de diez y seis elegantes columnas, de arco de medio punto, sostenidas por esbeltas columnas, que dan extraordinaria luz al templo y gran belleza a la linterna. En el interior, las ventanas aparecen separadas entre sí por columnas adosadas al muro, que parten de la imposta interior, hasta los diez y seis nervios de la bóveda, los cuales se apoyan sobre ellas y en su clave, en la que hay un hermoso rosetón. En los cuatro ángulos se elevan, al exterior, elegantes torrecillas, con estrechas ventanas y agudas cupulillas. Sobre el tambor se levanta la verdadera cúpula hemisférica, cortada en dos lienzos por adornados nervios y cubierta por una especie de tejadillo de grandes escamas de piedra, cuya misión es defender de las lluvias y las nieves la noble obra.

Todos los técnicos a quienes hemos leído consideran que el autor de ésta fué indudablemente un artista oriental, porque se advierte en la ornamentación una influencia del arte asirio, egipcio e indio.

La fauna y flora — escribe uno — son exóticas, y por sus detalles y su traza revelan un conocimiento directo del natural, bien distinto del de los bordados de las telas sasánidas traídas por los mercaderes, que tantas veces fueron imitadas en los capiteles románicos. La personalidad de este escultor se manifiesta vigorosa y libre de todo convencionalismo y bizantinismo, del que está muy distante.

Por efecto de algún movimiento del terreno, o por cualquier otra causa, se agrietó una de las torrecillas unidas al tambor, y luego se advirtió un desplazamiento considerable, que era segura amenaza de ruina. Inmediatamente se acudió, para evitarla, a la obra de restauración, iniciándola el ilustre don Enrique Repullés y Vargas, entonces arquitecto diocesano, que murió hace algunos años. Las obras continuaron lentamente y proseguirán aún mucho tiempo, mientras permanece cerrada al culto la parte de la Catedral antigua.

En las obras de ampliación del templo para formar la Catedral nueva, perdió la antigua su pórtico y sus recias torres gemelas, así como otros importantes elementos en obras posteriores de restauración. Del claustro antiguo solamente se conserva el bello claustro de San Esteban, que es un prodigio de arquitectura.



Plaza Mayor y Ayuntamiento.

mente respetó el arquitecto Jerónimo de Quiñones una hermosa puerta, que es un prodigio de ornamentación. En el interior se conservó algunas ricas capillas, entre ellas dos de las tres absidales, una de las cuales ofrece como magnífica joya un retablo de cincuenta y cinco tablas, dividido en cinco cuerpos, con escenas de la vida y muerte del Salvador. Soberbia es también la capilla de San Bartolomé, fundada por el arzobispo don Diego de Anaya, amigo del Papa Luna, a quien se debió asimismo la fundación del célebre Colegio de San Bartolomé. La capilla mayor estaba destinada a Regias sepulturas. Otros sepulcros bellísimos se admiran en el interior del templo y en el claustro, como verdaderas joyas del arte románico y del gótico.

El enorme aumento de la población salmantina en el siglo XVI hizo ver que la Catedral de Santa María era insuficiente para las necesidades del culto. El Cabildo y el pueblo acudieron entonces a los Reyes Católicos, grandes protectores de la capital y de su «Estudio», en demanda de que se atendiera a tal necesidad, construyendo una nueva y más amplia Catedral, y asimismo lo pidieron Isabel y Fernando al Papa Inocencio VIII, en la carta que dió a conocer el historiador Dávila y en la cual se decía:

«Facemos vos saber que la ciudad de Salamanca es de las insignes, populosas e principales ciudades de nuestros reynos, en la cual hay un Estudio general donde se leen todas las ciencias, a cuya causa concurren en ella de continuo muchas gentes de todos estados. E la iglesia Catedral de la dicha ciudad es muy pequeña y oscura e baxa, tanto que los oficios divinos no se pueden en ella celebrar segun e como deven, especialmente en los dias de las fiestas principales por el grande concurso de gente que a ella viene. E por la gracia de Dios la dicha ciudad de cada día se ha acrecentado e acrecienta...»

Habiendo accedido bondadosamente el Pontífice a lo que se pedía con tanta necesidad y apremio, en 1510 se hicieron los planos de la Catedral nueva, por Antón Egas, maestro de Toledo, y Alfonso Rodríguez, maestro de Sevilla, y tres años después se colocó la primera piedra, dirigiendo las obras el maestro Juan Gil de Hontañón, que poco después trazó y dirigió las primeras obras de la Catedral de Segovia. Sin duda, el maestro Gil de Hontañón, modificó en parte los planos de aquellos artistas y la estructura del templo salmantino, y de ahí la semejanza que con éste tiene el segoviano por su traza y su coronamiento. Pero si le iguala en amplitud, no se le acerca en la riqueza ornamental. ¡Gran diferencia entre aquel muro desnudo y frío de la fachada principal de la Catedral segoviana, de puertas desproporcionadas y pobres, y esta fachada central del templo salmantino, tesoro de prodigiosa artística, en la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

Se levanta la Catedral en el centro de una gran plaza, cuya urbanización es un tanto definida, y en ella se levanta la gran cúpula, de la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

«Facemos vos saber que la ciudad de Salamanca es de las insignes, populosas e principales ciudades de nuestros reynos, en la cual hay un Estudio general donde se leen todas las ciencias, a cuya causa concurren en ella de continuo muchas gentes de todos estados. E la iglesia Catedral de la dicha ciudad es muy pequeña y oscura e baxa, tanto que los oficios divinos no se pueden en ella celebrar segun e como deven, especialmente en los dias de las fiestas principales por el grande concurso de gente que a ella viene. E por la gracia de Dios la dicha ciudad de cada día se ha acrecentado e acrecienta...»

Habiendo accedido bondadosamente el Pontífice a lo que se pedía con tanta necesidad y apremio, en 1510 se hicieron los planos de la Catedral nueva, por Antón Egas, maestro de Toledo, y Alfonso Rodríguez, maestro de Sevilla, y tres años después se colocó la primera piedra, dirigiendo las obras el maestro Juan Gil de Hontañón, que poco después trazó y dirigió las primeras obras de la Catedral de Segovia. Sin duda, el maestro Gil de Hontañón, modificó en parte los planos de aquellos artistas y la estructura del templo salmantino, y de ahí la semejanza que con éste tiene el segoviano por su traza y su coronamiento. Pero si le iguala en amplitud, no se le acerca en la riqueza ornamental. ¡Gran diferencia entre aquel muro desnudo y frío de la fachada principal de la Catedral segoviana, de puertas desproporcionadas y pobres, y esta fachada central del templo salmantino, tesoro de prodigiosa artística, en la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

Se levanta la Catedral en el centro de una gran plaza, cuya urbanización es un tanto definida, y en ella se levanta la gran cúpula, de la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

Magnífica es la torre, de ancha basa rectangular y de gran altura, por lo cual resulta un tanto pesada. En sus dos cuerpos está prolijamente adornada, así como la gran cúpula, de la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

Magnífica es la torre, de ancha basa rectangular y de gran altura, por lo cual resulta un tanto pesada. En sus dos cuerpos está prolijamente adornada, así como la gran cúpula, de la que el arte del Renacimiento dejó sus galas más espléndidas, superiores a las de los más famosos monumentos!...

cienta. A la derecha, mirando hacia ella, la fachada posterior de la Universidad, cuya puerta adorna el escudo del Papa Luna. Enfrente el Colegio de San Bartolomé. A ambos lados y por la parte posterior, callejas estrechas y retorcidas, que no permiten apreciar en toda su amplitud y belleza la grandiosidad del templo, coronado por el espléndido bosque de sus agujas, pináculos y botareles.

Más de dos siglos transcurrieron desde que en 12 de Mayo de 1513 se puso la primera piedra del templo hasta la terminación de éste. Bajo la dirección de Gil de Hontañón, con el aparejador Juan Campero, tomaron gran impulso las obras, al punto de que cuando aquel murió, en 1531, estaban levantados los muros, toda la fachada principal con sus puertas y algunas de las capillas del costado del Norte. Luego dirigió las obras el maestro Juan de Alava y más tarde Rodrigo Gil de Hontañón, hijo de aquél, que asimismo prosiguió las de la Catedral de Segovia. En los últimos tiempos intervinieron también el famoso José de Churriguera, Ventura Rodríguez y su sobrino Martín Rodríguez. Así, en la sucesión de los años, mézclanse varios estilos; pero predominando siempre el gótico primitivo, de la época de la decadencia, y el plateresco de la pródiga ornamentación.

La fachada principal, gótica en casi su totalidad, pues solamente se mezclaban en ella los detalles de adorno del Renacimiento, es fastuosa. En ella abren tres puertas, bajo arcos románicos, adornados con colgadizos, y separadas por gruesos machones, que adornan esculturas y doselete. El ilustre Quadrado describe de este modo la soberbia puerta principal:

«Dos ingresos escarzanos forman la puerta central, ostentando figuritas en sus doseles y en su pilar divisorio una bella estatua de la Virgen, bajo doselete; y así éstos como otros dos arcos sobrepuestos, que sostienen medios relieves exquisitos del Nacimiento del Hijo de Dios y de la Adoración de los Magos, quedan encerrados por uno irregular en sus caprichosos ángulos y rompimientos, cuya ondulante y trémula curva guarnecen copiosas molduras y follajes e imágenes, con sus guardapolvos. Su vértice toca a la repisa de un magnífico Calvario, donde campea el Crucificado, entre la Madre y el Discipulo, acompañándolos a los lados las efigies de San Pedro y San Pablo, todas dentro de arcos de tres curvas, de los cuales penden sutiles encajes. Escudos de armas, medallones y en lo más alto una figura de San Miguel llenan los escasos huecos de esta especie de retablo, al cual sólo falta sobriedad y el resalte y profundidad debida para producir mejor efecto.»

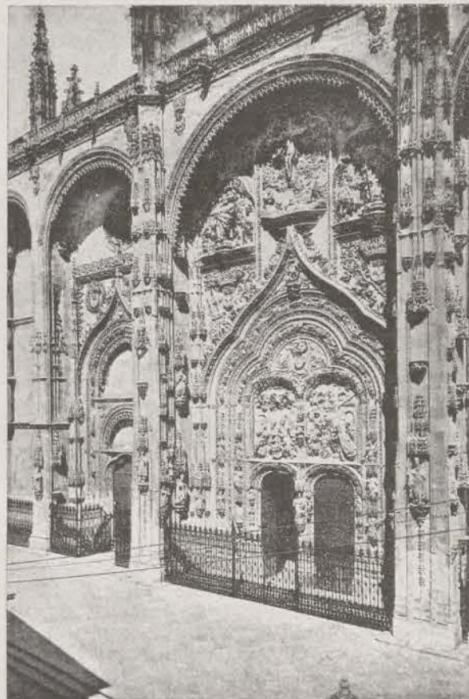
Más sencillas, naturalmente, pero de elegante traza y bello adorno, son las puertas laterales, formadas por un arco trebolado, sobre el cual avanzan otras semicirculares. En la parte superior otros adornados arcos, que terminan en un coropial, y en las enjutas las armas del Cabildo, cerrando este cuerpo una cornisa trepada. En el cuerpo superior que aparece sobre la puerta central, flanqueado por dos gruesos machones, se destacan tres ventanas con arcos de medio punto, y rematándolo un frontón triangular, que adornan floridas agujas.

Muy bella y ricamente ornamentada es también la puerta llamada de Ramos y antes del Taller, formada por caprichosos arcos y flanqueada por robustos machones, adornados con esculturas y doseletes. Sobre el arco escarzano del acceso y encerrado en otro arco, se admira un bello relieve, que reproduce la entrada de Jesús en Jerusalén. Un gran rosetón en la parte superior, entre dos esculturas y una cornisa trepada en lo alto completan el adorno.

Muy bella y ricamente ornamentada es también la puerta llamada de Ramos y antes del Taller, formada por caprichosos arcos y flanqueada por robustos machones, adornados con esculturas y doseletes. Sobre el arco escarzano del acceso y encerrado en otro arco, se admira un bello relieve, que reproduce la entrada de Jesús en Jerusalén. Un gran rosetón en la parte superior, entre dos esculturas y una cornisa trepada en lo alto completan el adorno.

Muy bella y ricamente ornamentada es también la puerta llamada de Ramos y antes del Taller, formada por caprichosos arcos y flanqueada por robustos machones, adornados con esculturas y doseletes. Sobre el arco escarzano del acceso y encerrado en otro arco, se admira un bello relieve, que reproduce la entrada de Jesús en Jerusalén. Un gran rosetón en la parte superior, entre dos esculturas y una cornisa trepada en lo alto completan el adorno.

Muy bella y ricamente ornamentada es también la puerta llamada de Ramos y antes del Taller, formada por caprichosos arcos y flanqueada por robustos machones, adornados con esculturas y doseletes. Sobre el arco escarzano del acceso y encerrado en otro arco, se admira un bello relieve, que reproduce la entrada de Jesús en Jerusalén. Un gran rosetón en la parte superior, entre dos esculturas y una cornisa trepada en lo alto completan el adorno.



Magnífica portada de la Catedral.



Portada del Colegio de los Irlandeses.



Bello claustro de la iglesia de San Esteban.



Capilla mayor de la Catedral.

forma elipsoidal que la corona y que remata una airoso linterna. En los cuatro ángulos de la base de la cúpula se elevan altos y robustos pináculos adornados. A semejanza de la «Torre del Gallo» cubre la cúpula un tejadillo de escamas de piedra.

En el centro de la cruz que forma el templo, se alza la gran cúpula circular, adornada con ventanas. Sobre la media naranja destaca la linterna, con ventanas también. Su sencillez no se acomoda bien con el arte de Churriguera, que fué su autor.

Los ábsides son rectangulares, adornados con caladas cresterías y coronados de pináculos, botareles y agujas. Su estructura, distinta de la que se fijó en el plan primitivo, según hace constar Quadrado, hace recordar la de su hermana de Segovia, aunque la Catedral salmantina es más rica de ornamentación.

En su interior ofrece la magna iglesia grandioso aspecto, con sus tres elevadas naves y las del crucero. Desde los pies del templo, mirando a la altura, el efecto de los soberbios pilares, con elegantes columnas adosadas, que ciñen en lo alto los sencillos capiteles, formando una corona, es indescriptible. Por las naves laterales, domina la vista hasta el trasaltar; en la central, interrumpe la visión la mole del coro. Las espléndidas arcaadas son, en su traza, puro arte gótico, tratado con verdadero amor a la tradición ojival.

Las tres naves son de magnífica crucería, y entre las tres contienen 27 bóvedas. La central y la del crucero se elevan a 130 pies de altura y a 88 las laterales. La longitud total del templo es de 102 metros y de 50.40 la anchura, formando un respetable rectángulo de 5.140 metros cuadrados. Responde, por tanto, con su grandiosidad a las aspiraciones que el buen pueblo salmantino acariciaba al acometerse la magna obra. Lástima que no correspondan de igual modo detalles tan importantes como el del coro, obra de Churriguera.

El maestro Quadrado suele fustigar sin descanso, a través de toda su obra, la labor de Churriguera; pero en parte alguna le hemos visto tan severo como al ocuparse de la Catedral de

Salamanca, a la cual no consagra toda la atención que merece. Al hablar de las últimas obras de la Catedral, en su interior, en las que son de censurar las barrocas pechinas, los enormes y pintorreados relieves del primer cuerpo y el delirante ornato de las aberturas del segundo, escribe Quadrado: «La fatalidad reservaba al edificio esta corona y el honor de cerrar la larga serie de sus arquitectos el audaz salmantino, cuya petulante escuela se despliega a su sabor en la sillería y en los respaldos del coro. Figuras de santos enteras en las sillas altas y de

duras de terciopelo carmesí. Bajo un dosel destaca la imagen de Santa María, y en el altar del modesto Sagrario se encuentran las urnas de plata que contienen las reliquias de San Juan de Sahagún y Santo Tomás de Villanueva. En el centro de la capilla se admira un elegante y artístico tabernáculo, obra de Martín Rodríguez, sobrino del ilustre arquitecto don Ventura, formado por un templete, que sostienen doce columnas corintias, agrupadas de tres en tres. En lo más alto de la cúpula la figura del Salvador; en la parte superior del templete, cuatro esculturas de Apóstoles, y en la inferior ocho; en los ángulos del altar, ángeles arrodillados. Hasta 19 capillas rodean el templo, de proporciones uniformes (28 pies en cuadro y 54 de elevación), y de parecida decoración gótica: cinco en cada uno de los muros laterales, hasta el crucero, y nueve más allá del trasaltar, distribuidas en tres grupos, al fondo y a los lados. Llamen la atención la de San Lorenzo, fundada por el regidor Sánchez de Acebes; la llamada capilla «dorada», que adornan profusión de doradas figuras, con repisas y doseletes; la capilla que se denomina del «presidente de Lievana», con pinturas de Navarrete el Mudo, y la del Cristo de las Batallas, en el trasaltar, en la que se venera la tosca efigie que, según la tradición, acompañó al Cid Campeador en sus expediciones guerreras.

Por su magnificencia llama la atención la Sacristía, interesante museo, en el que se admiran algunos notables cuadros, joyas magníficas, entre ellas un soberbio cáliz, con prolija labor de figuras; el templete de la custodia, gótico-plateresco, cuya cúpula afiligranada rematan agujas con las figuras de los doce apóstoles: espejos colosales y reliquias que pertenecieron a los Templarios. Mézclanse allí el gusto gótico de la severa bóveda de crucería, con el plateresco de las puertas y nichos y el barroco de la copiosa ornamentación. Pero el conjunto resulta bastante armónico, y al poner en ella término a la visita queda al viajero un grato sabor de arte y una deslumbradora impresión de riqueza.

LEÓN ROCH.



Vista general de la Catedral salmantina.

medio cuerpo en las bajas, que parecieran mejores sin su actitud teatral, se hallan envueltas en exótica talla, como las que cubre con más profusión todavía las pilastras, entrepaños, puertas y lumbreras de sus muros exteriores. Sobrepuja a todo el enredo del altar del trasaltar, erizado de hojarasca y abrumado de nubes, entre las cuales asoma el Padre eterno, acompañado de Angeles, Apóstoles y Profetas, no obstante que sus nichos laterales, a derecha e izquierda de la Virgen, contienen dos bellas estatuas, muy anteriores en fecha, de Santa Ana y del Bautista (esculturas que se han atribuido a Berruguete y a Juan de Juni).

La capilla mayor está sin terminar, ya que en ella falta detallé tan interesante como el retablo. Cubren los muros provisionalmente colga-

DE TODO UN POCO

Lo que debemos ser y hacer.

LOS consejos, entre los sabios extranjeros, están a la orden del día. Según un profesor alemán, si queremos ser útiles a la sociedad, debemos:

- 1.º Pensar maduramente antes de tomar una resolución.
- 2.º Ser indulgentes, corteses, prudentes, francos y proceder con nobleza y consecuencia en todas nuestras relaciones.
- 3.º Acostumbrarse a dominar todas las pasiones y ponerlas al servicio de aquello que la conciencia nos sugiera como bueno.
- 4.º Recordar siempre que la censura es flecha que se rompe al tocar el broquel de una conciencia recta.
- 5.º Que nuestras palabras correspondan siempre a nuestros hechos.
- 6.º No murmurar de la vida ajena ni de las ajenas flaquezas; pero estudiar las que se puedan, para corregirnos de aquellas de que pudiéramos adolecer.
- 7.º No prestarse a decidir en controversias de ningún género.

- 8.º En sociedad hablar lo menos y mejor posible.
- 9.º Ser fríos y serenos en los razonamientos; no excitarse ni agotarse, si se desea llevar ventaja en las controversias.
- 10.º La timidez y la modestia son dos actitudes diferentes. Se debe ser modesto en algunos casos; tímidos, jamás.
- 11.º Ser altivo con los soberbios y presuntuosos; modesto ante los grandes; manso y bondadoso con los humildes.
- 12.º Dar la menor importancia a las preocupaciones baladíes; toda idea que pueda matar nuestra tranquilidad, debe ser borrada por nosotros, tranquilamente.
- 13.º Acostumbrar la mente y el cuerpo a estar ocupados en algo.

Una estrella que varía de tamaño.

El observatorio de Tacubaya (Méjico) ha hecho públicas las siguientes informaciones acerca de la famosa estrella de «Betelgeuse» que pertenece a la constelación de Orión, y en cuya órbita pueden haber el Sol, Mercurio, Venus,

la Tierra con su satélite la Luna a las mismas distancias que tienen, y aún podría haber también la órbita de Marte.

«Según las últimas noticias recibidas en el observatorio, esta estrella rojiza de la constelación de Orión, es variable en tamaño y en magnitud.

«Fue esta estrella la primera a la que se le midió el diámetro por medio de los instrumentos contruidos especialmente en el Observatorio Astronómico de Mount Wilson, California, obteniéndose el valor de trescientos noventa millones de kilómetros.

Pero después, según las últimas mediciones, hechas en el observatorio de Victoria, (Canadá) con el reflector de 72 pulgadas, resulta que el diámetro de la estrella es de seiscientos cuarenta millones de kilómetros, lo que produce un aumento de 250 millones de kilómetros sobre el valor asignado primitivamente.

La luz que proviene de esa estrella tarda doscientos años en llegar a la Tierra, y si se aceptan los cálculos del observatorio del Canadá, su distancia sería de 325 años de luz; es decir, que estaríamos viendo a la estrella con la luz que difundió hace ese número de años.

DESPUES DE TREVIÑO

VII

URCABE Y CHORITOQUIETA.—MINISTERIO HOMOGÉNEO

No se había extinguido el clamor de los gritos de triunfo en Navarra por la hazaña del Cojo de Cirauqui en Biurrun y ya el estruendo de la pelea estremecía, otra vez, la región Euskara desde las playas de Guetaria, a la frontera hispano-francesa, del Bidasoa, en Irún.

El interés de la guerra en el Norte se trasladaba de las riberas del Zadorra, del Ega, del Arga y del Aragón, a los valles del Oria, del Uremea y del Oyarzun, y al macizo montañoso que, desde la costa cantábrica en Pasajes, se eleva y prolonga por el Sur, hacia el confín septentrional de Navarra.

Trillo, que ansiaba los laureles de la victoria, decidió sin pérdida de momento, llevar a cabo una serie de operaciones que trajesen consigo la reconquista del tan temido cerro de San Marcos, anhelo constante del Gobierno y de la opinión pública, del Ejército y de la Marina Mercante y de Guerra, española y extranjera.

Decidió en primer lugar el General el apoderarse del monte Urcabe, formidable posición facciosa, que, situada sobre Oyarzun y entre las carreteras general de Francia y de la capital de Guipúzcoa a la frontera, cortaba las comunicaciones directas de San Sebastián con Irún.

El plan del Comandante en Jefe de las fuerzas de Guipúzcoa, para realizar la maniobra, era el amagar a un tiempo diferentes puntos de la línea carlista, muy especialmente Guetaria y las riberas del Oria, pues el ataque directo era imposible, dada la situación topográfica de estos valles, que desde la costa a las posiciones facciosas, se van estrechando poco a poco, a manera de embudo, haciendo irrealizable todo movimiento envolvente.

La maniobra tenía que ser pues a base de una sorpresa, tanto más, cuanto que las fuerzas liberales allí, continuaban siendo escasas.

En la noche del 11 de Septiembre, 3 compañías del Provincial de Mondoñedo, con agua y víveres y gran cantidad de fajas y de cestones, que durante la tarde habían estado hacinados en el muelle, a la vista de cuantos curiosos quisiesen verlos, zarparon en diferentes vapores, del puerto de San Sebastián, con rumbo a Guetaria.

Llegó el convoy sin novedad a su destino, pudiendo hacerse el desembarco sin hostilidad alguna por parte del enemigo que, desde sus posiciones, observaba atento. Pero aquella arribada de tropas, que, para la constantemente amenazada Guetaria eran un refuerzo, unido a que al zarpar de nuevo para San Sebastián, en la madrugada del 12, las naves llevaban consigo a remolque gran cantidad de embarcaciones menores; hizo creer a los carlistas que, las desembarcadas fuerzas, eran la vanguardia de otras más numerosas, y que se trataba, por consiguiente, de repetir el ataque sobre el Monte Garate.

Puesto el hecho en conocimiento del Alto Mando faccioso, el Comandante en Jefe en Guipúzcoa por D. Carlos VII, General Egaña, se dispuso a enviar a Guetaria, 3 batallones, procedentes de Santiagomendi y de San Marcos.

Del 11 al 14, el General Trillo distribuyó a sus tropas a las órdenes de los brigadieres Salcedo e Infanzón y del coronel Arana, dándoles a los Jefes órdenes cerradas, que no habían de abrir hasta las doce de la noche del referido día 14.

Dicho día, desde bien temprano, pudo observarse en San Sebastián y en Pasajes, gran movimiento lo mismo en la Marina que en el Ejército: situábanse las compañías en los muelles, al mismo tiempo que, por necesidad del servicio, eran embargadas todas las lanchas disponibles y detenido el vapor «Elena», con objeto de que, desde Pasajes, remolcase naves con tropas, pues desde la capital de Guipúzcoa, lo harían los barcos de la Marina de Guerra.

Llegó la noche y con sus nebruras aumentó el marcial movimiento sobre todo en San Sebastián. Al reflejo de los faroles, en el muelle, se destacaban, de las sombras, los grupos de soldados, y al resplandor de las luces de los bu-

da, una compañía de miqueletes y las 7 compañías del Rey.

Al mismo tiempo, desde Irún y hacia las Ventas de este nombre, marchaba el Coronel Arana con el batallón de Africa, y algunas compañías del Regimiento de Galicia.

Desde Hernani y en dirección a Urnieta, avanzó el brigadier Vitoria con los cazadores de las Navas y de Puerto Rico.

De las cuatro a las seis y media de la mañana del 15, tuvo lugar el ataque a las posiciones facciosas, protegido, del Urumea al Oyarzun, por el fuego de los cañones de Ameztaña.

Establecido el Cuartel General con la reserva en el fuerte de Darieta, situado entre Lezo y Rentería, y a la derecha del Oyarzun, desde allí presenció Trillo el brillante ataque de sus columnas, al romper el día.

Fué simultáneo y a la bayoneta en toda la línea.

Veíase por la izquierda a las fuerzas de Arana apoderarse arrogantes de los altos de Zumelzu y Elatzeta, que dan frente a las Ventas de Irún; por el centro al brigadier Salcedo, avanzar desde Lezo por el Collado de Gainchurisqueta y hacerse dueño de las peñas de Arcale; al mismo tiempo que a su vez, Infanzón, avanzando desde Rentería por la carretera de Oyarzun, arrojaba de Urcabe, con los miqueletes, a los carlistas, casi sin lucha, pues lo decidido del ataque, infundió tal pavor al enemigo, que renunció a la defensa, tras un ligero tiroteo.

Por la derecha, la pelea fué más dura: como los facciosos pensaban que Santiagomendi y San Marcos eran el objetivo de la operación, batieronse entre los valles del Oria y Urumea con verdadero encarnamiento; pero como las tropas del brigadier Vitoria no tenían la orden de emprender un ataque a fondo, conocido el éxito de Urcabe, emprendieron la retirada, que por escalones que con gran presencia de ánimo, hubieron de efectuar los valientes cazadores.

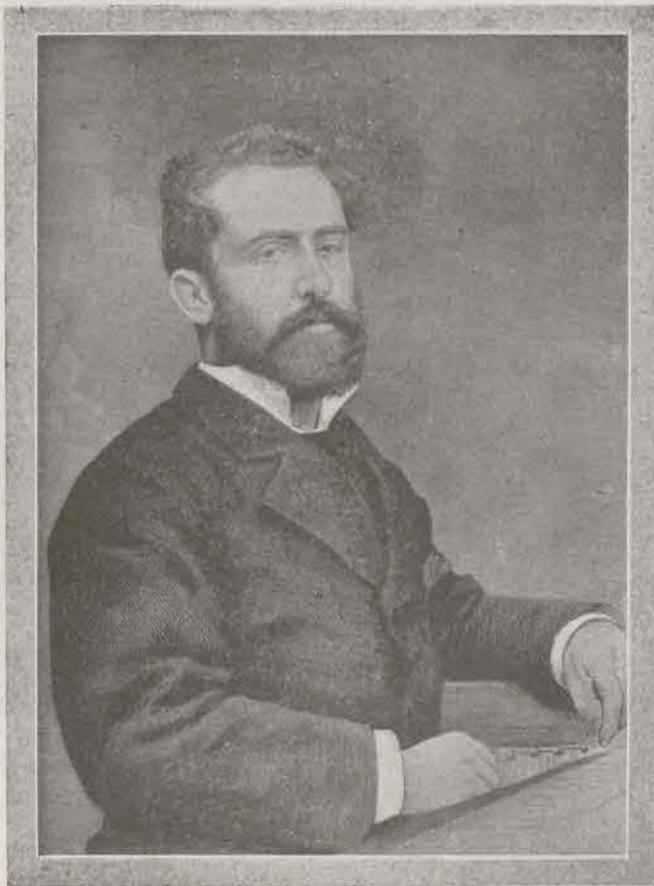
A la caída de la tarde, después de incendiar algunos caseríos, regresaban las tropas a Irún, San Sebastián, Lezo, Rentería y Hernani, excepto las que quedaron guarneciendo Oyarzun y las conquistadas posiciones.

Ufano Trillo con sus laureles de Urcabe, puso el hecho en conocimiento del Gobierno, pidiéndole aumentase las tropas de Guipúzcoa, hasta convertirlas en cuerpo de Ejército, y se dispuso a continuar las operaciones.

La para los carlistas desgraciada acción del 15, hizo que fuese depuesto del mando en Guipúzcoa el general Egaña, siendo sustituido, primero por el conde de Caserta, que como a los pocos días dimitió, fué relevado por el brigadier D. Eusebio Rodríguez, bravo veterano que, desde 1844 hasta 1873, había peleado bajo las banderas de doña Isabel II, de la Interinidad y de D. Amadeo I de Saboya, pasando a las filas de D. Carlos VII al aüvenimiento de la República en España.

Comprendiendo los facciosos todo lo sensible de su fracaso en Urcabe, que amenazaba, por retaguardia, sus posiciones de San Marcos y de Choritoquieta, redoblaron sus energías, aumentándose sus fuerzas con el 3.º y el 6.º de Navarra, que hizo elevar los contingentes en Guipúzcoa por D. Carlos VII al número de 12 batallones.

Hernani y Guetaria fueron de nuevo furiosamente bombardeados, desde Santiagomendi y el monte Garate, causando los proyectiles carlistas grandes destrozos y numerosas víctimas, sin que tanto estrago fuese contrarrestado por el fuego de la escuadra en el litoral, pues aquellos días los barcos de la Armada no bombardeaban las baterías facciosas de la costa.



Don Francisco Romero Robledo, Ministro de la Gobernación en 1875.

ques, prontos a zarpar, resplandecían las móviles ondas, coronadas de blancas espumas.

A las doce, sonaron las sirenas de los remolcadores y se oyeron puntos de corneta... Las naves se alejaron del puerto, se decía, con rumbo a Guetaria, y las masas de tropas tomaron la dirección de la carretera de Irún.

El Gobernador Militar de la plaza, brigadier Calvet, había prohibido la salida de la capital a los paisanos.

Poco después el rumor de hombres de guerra se extendía hacia Puertas Coloradas y por este lado de la Bella Easo salían fuerzas numerosas.

Marchaba el brigadier Infanzón con los cazadores de Estella, 5 compañías de miqueletes, y 7 del Regimiento del Rey, el 2.º Batallón de Luchana, una batería de montaña y una compañía de Ingenieros.

Seguíale el Comandante en Jefe con la reserva y el Cuartel General, marchando detrás un convoy con 10.000 raciones de vino, 5.000 de carne, 5.000 de etapa y un número considerable de fajas y de cestones que, también habían estados hacinados en el muelle de San Sebastián.

Al llegar a Rentería marcharon a Lezo a incorporarse a la Brigada Salcedo, allí acantona-

Si la maniobra de Urcabe obtuvo éxito feliz merced al error del enemigo, que amagado por diferentes puntos a la vez, no pensó fuese el objetivo verdadero de los soldados de D. Alfonso XII, el macizo montañoso al sur de la cordillera Jaizquível, el repetir la operación en la misma forma, como pensaba hacerlo el general Trillo, corría el peligro ya aleccionados los carlistas, de un serio fracaso.

No se ocultaba esto al Comandante en Jefe liberal, pero el excelente resultado de la acción del 15, le daba ánimos sobrados para intentar una nueva sorpresa sobre el enemigo, que le hiciese ahora dueño de Choritoquieta, monte escarpado, pedregoso y de difícil acceso, que dominaba a San Marcos y a Santiagomendi.

Aciaga resultó la jornada del 28 para las armas Constitucionales en Guipuzcoa.

En vano fué que el coronel Arana con sus fuerzas amagase, avanzando desde Irún, las fábricas facciosas de cartuchería en Vera, (Navarra) derrotando en la pelea a 2 batallones guipuzcoanos, para después revolver sobre el valle de Oyarzun. En vano que el valiente brigadier Vitoria con sus bravos cazadores, desde Hernani, hiciese una enérgica demostración hacia las riberas del Urumea. Todo era inútil. Fijos los carlistas en sus formidables posiciones de Santiagomendi, de San Marcos y de Choritoquieta, allí esperaban imperturbables, destacando algunas fuerzas para defender sus flancos.

Desde el fuerte de Ameztañada, frente a las temibles y codiciadas posiciones del enemigo, veía Trillo, desde el amanecer, el desarrollo de la acción.

A favor de una espesa niebla, que al romper el día hubo de disiparse, avanzó desde Rentería sobre Choritoquieta la columna central a las órdenes del brigadier Infanzón, flanqueado por su izquierda, por las tropas de la brigada Salcedo.

Las primeras trincheras fueron tomadas por los arrojados batallones, 2.º de Luchana y cazadores de Estella; pero cuando después los bizarros miqueletes continuaron el ataque asaltando a punta de bayoneta la cumbre de la primera posición, para después descender y subir al descubierta a Choritoquieta; fué tan intenso el fuego de los facciosos, tal el número de bajas de la columna, tan impracticable el terreno, de tal modo defendido, que parecía imposible el dar un paso más. Los hombres llegaban y caían; como en San Pedro Abanto, el fusil carlista no perdía un solo disparo y era la muerte misma.

Aun en medio de aquel volcán, trepando por aquellas asperezas, saltando de roca en roca, intentaron llegar los miqueletes, y tan cerca estuvieron de realizar hazaña semejante, que, el brigadier carlista, Comandante en Jefe D. Eusebio Rodríguez, hubo de empuñar una carabina para defenderse en el asalto.

Acudió Trillo desde Ameztañaga, a los puntos avanzados y pudo convencerse de la, para él, triste verdad; que era en absoluto precisa el emprender la retirada.

Y así se hizo, sostenida con gran brío por los valientes de Luchana y de las Navas, que, al defender de este modo, a sus hermanos de armas, quedaron también de ellos, no pocos, en el campo del honor. Y de tal modo se batieron que, los carlistas, a pesar de su enardecimiento, aumentado por la victoria, no se atrevieron a dejar sus posiciones para perseguir a los vencidos.

«El triunfo obtenido por los facciosos, dice la Narración Militar de la Guerra Carlista, fué muy elogiado en su campo, y levantó, sin duda, el espíritu moral de sus tropas en Guipuzcoa, que se reflejó en sentido opuesto en San Sebastián, donde se confiaba mucho en el buen éxito de la jornada de Choritoquieta.

«En este estado de ánimo de una y de otra parte y cuando nadie lo esperaba, los carlistas establecieron una batería en el punto denominado «Venta-Ciquin», la cual rompió el fuego contra San Sebastián, disparando desde las ocho de la noche, hasta las tres de la madrugada del 29 al 30, 204 proyectiles de diferentes calibres, que causaron bajas en las tropas y paisanos y destrozos en los edificios. Al fuego de los carlistas, contestaron las baterías liberales de Lugaritz, Igueldo y el Quinto Pico; pero como lo hicieran desde posiciones desventajosas, no pudieron apagar los de la batería enemiga».

«Los buques de las escuadras, fondeados en el puerto, presenciaron este bombardeo sin que pudieran ostilizar al enemigo».

Tampoco a las fuerzas de tierra les era dado emprender movimiento alguno, por ser escasas en número.

Durante los primeros días de Septiembre, la fragata Vitoria, bombardeó los fuertes facciosos de Motrico, Zarauz y Ondarroa, sufriendo la nave algunas averías.

Cuando el día 8, la Vitoria zarpaba para Santander a reportarse de carbón, se supo que los carlistas trataban de introducir en él sustancias explosivas; y, con este motivo, se le ordenó a la fragata que fuese a proveerse de combustible al Ferrol.

En tanto que tan sangrientos hechos se desarrollaban en el Norte, en el Gobierno de don Alfonso XII, se había verificado su primera crisis.

Así dice, refiriéndose al suceso, «La Ilustración Española y Americana», en su número del 15 de Septiembre, de 1875, crónica de Flavio: «Después de la llegada del General Jovellar, ministro de la Guerra, a Madrid; el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, planteó resueltamente la cuestión política que se venía anunciando en círculos y periódicos, en el Consejo celebrado el 11; proponiendo que las elecciones de Diputados, en el caso de que se acordara su urgencia, se verificasen por medio del Sufragio Universal».

«Desde luego apareció la disidencia entre los dignos individuos del Gabinete: apoyaron la proposición del Presidente, los que procedían de la antigua Unión Liberal, señores Salaverria, Jovellar, Romero Robledo, Ayala y Durán y Liria; pero la rechazaron en absoluto, aunque propusieron a su vez algún medio de transacción, los procedentes del partido Moderado Histórico, Sres. Orovio, Castro y Cardenal».

«El resultado no era difícil de adivinar; presentadas las dimisiones, S. M. el Rey, que conferenció, acerca de la crisis, con los ministros dimisionarios, aceptó aquéllas y dió al General Jovellar el encargo de formar un nuevo Ministerio, que quedó constituido y prestó juramento en manos del Rey, en la madrugada del 12».

«Los señores Jovellar, Salaverria, Romero Robledo, Ayala y Durán y Liria, conservan su respectiva cartera ministerial; D. Cristóbal Martín de Herrera, D. Fernando Calderón Collantes y D. Emilio Alcalá Galiano, Vizconde del Pontón y Conde de Casa-Valencia, los tres liberales conservadores, han sido encargados de desempeñar, respectivamente, las de Fomento, Gracia y Justicia y Estado».

«Formado este Ministerio homogéneo y nota por consiguiente la conciliación de los Partidos Dinásticos, el Sr. Cánovas del Castillo, que la representaba, se negó respetuosamente a organizar el nuevo Gabinete».

«Según declaración de periódicos ministeriales, la Política no ha cambiado en ningún punto esencial, y los ministros dimisionarios, así como sus parciales, se muestran decididos a no hacer oposición al nuevo Gabinete, y a no crearle dificultades, considerando como un acto de patriotismo tan noble proceder.»

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES

LÍRICOS ESPAÑOLES

AL ADVENIR UNA FIESTA ONOMASTICA

«El amor es más fuerte que la muerte.»

(Del *Cantar de Cantares*)

Otra vez quiere Dios que celebremos esta querida fiesta familiar, que me da una ternura singular... ¡A Dios, que tal permite, gracias demos! ¿Cuántos años querrá que naveguemos juntos, del mundo, por la brava mar? ¿Qué espera al dulce nido del hogar, en tanto que a otras playas arribemos?

Yo no sabré decirlo, alma dilecta, mi amiga, mi paloma, mi perfecta (1), luz, aroma, y encanto y poesía... Tan sólo sé decir, que el amor bueno... se consume en un mundo ultraterreno... ¿Qué poco vale, el pobre amor de un día!

ADOLFO DE SANDOVAL.

Real Sitio de San Ildefonso (La Granja).

MEDITACIÓN

Con paso lento y fatigado llego la cumbre a divisar; y cuando miro el término fatal de la jornada, se apodera de mí tristeza horrible.

(1) Del *Cantar de Cantares*.

¡Cuántos afanes por llegar tan pronto!
¡Cuántos delirios por cualquier químera!
Y todo, ¿para qué?... El cruel destino nos conduce, a la postre, al desengaño,
¡la estéril lucha en que sucumbe el hombre!,
sin que perdure su memoria un día!
¡Aquellos otros que al luchar con ansia arrebató la Parca inexorable al tiernísimo amor de sus hogares, fueron dichosos, al morir tan pronto!
¡Ay! sucumbieron fantaseando amores, con la esperanza que les daba aliento para luchar con brío... ¡Quien combate con un noble ideal dentro del alma y allí lo siente hervir... ese, no sufre, porque espera vencer, y si perece, con su ilusión se lleva la esperanza!
Pero yo, ¿qué esperanza es la que tengo?, ¿qué ilusión, la que da vida a mi vida?
Triste, desencantado... ¿cuál me escondo como una sombra fugitiva!... Y lanzo la vista en derredor, y sólo miro desmoronarse el deslumbrante alcázar que forjó mi ilusión... en otros días; llena de vida y juventud la mente, y el corazón de jubiloso brío!
¡Huyó la juventud!... Con sus tristezas torpe y medrosa la vejez asoma; y a su influjo fatal, sombras de muerte esparce por doquier. Las esperanzas, cual bandada de timidas palomas, que ante el perseguidor revolotean,

y en confuso tropel se precipitan a refugiarse con temor veloces; así del alma se alejaron, tristes, dejando en pos el punzador recuerdo de su beldad, irresistible y grande; ¡mucho más grande, cuanto más se aleja! Todo termina en este mundo... Breves las horas pasan, y al rodar del tiempo, todo lo humano desaparece y huye.
¡El amor, que creemos nuestra dicha!
¡La gloria, la amistad, cuanto ambiciona el pobre corazón, ¡ay!, se derrumba, y se pierde, en las sombras del olvido!
¡Miseria y triste condición la nuestra!
¿Dónde encontrar lo que anhelante busco con ardoroso afán? ¿Do está la fuente de pura y fresca y cristalina agua en que apagar la sed de lo infinito que abrasa al corazón?...

Sólo en Tu seno, ¡oh, eterno Dios!... que soberano riges los destinos del hombre; Tú, que ordenas el movimiento y ritmo de los astros, eres el Grande, y sólo Tú lo eres; ¡y el hombre, ante tus pies, debe humillarse!... Todo es pequeño, y deleznable y triste, fuera de Ti, que lo engrandeces todo...
¡Esperanza inmortal, amor fecundo, omnipotente Dios! ¡Bendito seas!..

MARTÍN GONZÁLEZ DEL VALLE Y CARVAJAL.

Primer marqués de la Vega de Anzo (1853-1911).

LA TORRE SANA

ENTRE las varias poesías inéditas que dejó a su reciente muerte, universalmente sentida, el ilustre Catedrático, Rector honorario de la Universidad de Oviedo, Senador y Académico, don Fermín Canella y Secades, está la que hoy nos complacemos en publicar. Viene a ser esta bellísima y sentida poesía, como la segunda parte de la otra *La Torre enferma*, publicada por el egregio muerto cuando la hermosa Torre de la Catedral de Oviedo amenazaba ruina. Con la preciosa dádiva de la *Torre sana*, y de otras poesías inéditas que dejó el señor Canella y Secades, ha obsequiado ahora a Adolfo de Sandoval, discípulo predilecto del doctor Canella en la Universidad de Oviedo, su hijo Carlos, heredero de las nobles prendas que tanto realizaron a su progenitor.

La Torre enferma, chachos,
miradla sana,
como en lejanos días
feliz, gallarda,
mostrando sus primores
de rica labra,
tan sutil, que semeja
labor de *xanas*,
cuando bordan las grutas
de sus sagradas
fuentes murmuradoras,
en la montaña.
Yo lloré de agonía,
con honda pena,
como el enamorado
que mira cerca
de la luz de sus ojos,
la muerte, negra;
¡porque muriendo estaba
mi Torre enferma!
y hoy que sana la miro,
fuerte y esbelta,
dice el alma arrobada,
de gozo llena:
—«El que te ha revivido,
bendito sea,
pontífice preclaro
de nuestra Iglesia».
* * *

¡Torre de mis amores,
joyel de Oviedo,
maravilla encantada
de todo un pueblo;
consolador refugio,
dulce recreo,
gloria, orgullo, divisa,
faro y señuelo
para los *carbayones*,
todo, y más que eso:
religión, arte, historia,
patria, recuerdos,
y en sus piedras labrado
el romancero,
y el tesoro de anales
salvadoreños.
¡Cuál revivió la hermosa,
la peregrina,
borrando de los siglos
la huella impial
Al quitar los andamios
que te cubrían,
como vendaje triste
de tus heridas,
renacen, deslumbrantes,
joyas artísticas,

en arcos, corredores,
fenestras, líneas,
rosetones calados,
y en torrecillas,
y en bellas filigranas
sabre la cima,
donde por San Mateo
lucen, rojizas,



He aquí reproducida, la imagen, en talla policromada del siglo XVII, de la Virgen María. Se conserva en una residencia particular madrileña y cuantos la han visto aseguran que es una de las obras más acabadas del arte religioso. La devoción por la Madre de Dios, que tantas maravillas ha hecho, inspiró en esta ocasión al artista con especialísimo acierto.

las banderas que anuncian
gracias divinas,
y llaman a la mesa
fuente de vida.
* * *

A celebrar ufano
la bella obra,
el ilustre Cabildo
llama y convoca.
Las campanas repican
sonando a gloria;
los prebendados rezan
santas salmodias;
del *Te Deum* en el órgano
saltan las notas;
de *San José* los niños,
—¡aves canoras!—
de los libros corales
cantan estrofas...
Y está la iglesia triste,
muy triste, sola;
¡porque los ovetenses

perdieron hora,
la fe de inolvidables
madres piadosas!
* * *

Mi madre,—¡ya no existe!—
la vieja amante,
que tuvo por mi Torre
pasión tan grande,
mirándola extasiada,
mañana y tarde,
en su santo delirio
decía anhelante:
—«Está la *Torre enferma*,
no hay quien la sane;
si la Torre se muere,
¡Dios nos ampare!
Neñu, ¿tu y yo qué haremos,
cuando nos falte?...»
Entonces yo animaba
con mis romances,
a aquella viejecita
tan adorable;
la que *me añó* en la cuna,
con sus cantares,
y me llevó a la escuela
con mil afares,
y en juveniles años
supe guiarme;
y me hablaba de espinas
en los rosales,
de la edad más hermosa
de las edades;
y dió a mis desventuras,
—¡muchas y grandes!—
bálsamos con sus besos,
para curarme.
Ella de mozo y viejo
quiso llamarme
siempre *neñu* querido...
¡Dios se lo pague!
Hoy al rezar por ella,
que en paz descanse,
la cura de mi Torre
quise contarle.
* * *

Desde el cielo en que moras,
rasga las nubes;
¡verás sana a la Torre,
que sube y sube!
Baje a sus filigranas
tu ánima dulce,
y sobre el monumento
llegue a las cruces;
ascienda a lo más alto,
donde yo estuve;
ponga sus labios donde
los míos puse,
cuando, en ardiente anhelo,
llegué a la cumbre.
Aúu recuerdo la escena,
gozosa y lúgubre,
de vértigos y abismos,
sintiendo el cruce,
llamándome a la sima
con fiero empuje.
Sobre mí los celajes,
claros y azules;
el espacio a mis plantas,
qué horror produce...
¡Fué la prueba más grande
de amor, que pude,
dar a mi Torre, cerca
de los querubes!...
JOSÉ CANELLA Y SECADES.

Mundo Mundillo...



Los días de la Reina Doña Cristina coinciden siempre con el comienzo de la jornada regia de verano. Estos días—el de su cumpleaños y el de su santo—acuden a San Sebastián, en donde siempre se encuentra ya la augusta señora, los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria. Este año, el Rey fué desde Madrid y la Soberana desde Londres. Y al palacio de Miramar acudieron centenares de personas y llegaron innumerables telegramas haciendo votos por la salud y felicidad de la buena Reina, cuyo recuerdo perdurará en los monárquicos españoles.

Poca gente ha quedado en Madrid, pero no menos que otros años. Las circunstancias han hecho que el veraneo se limite o se suprima en algunas familias; y éstas, resignadas, se desquitan pasándolo en Madrid, lo mejor posible. El jardín del Ritz se ve por las noches muy animado, en las comidas americanas, que cuentan con muchos partidarios. La orquesta Boldi y la Royal jazz-band amenizan la comida y acompañan el baile subsiguiente, que dura hasta la madrugada. Los martes, viernes y domingos, por la tarde, tienen gran éxito los tes de moda. El restaurant del Retiro y el parque de la Ciudad Lineal, servido por el Ritz, se ven también, por las noches, muy favorecidos por distinguida concurrencia.

Con motivo de la fiesta de Santa Ana recibieron muchas felicitaciones la condesa de Casa Valencia, en su palacio de Ayerbe y la duquesa de Medinaceli, en Madrid. En la suntuosa residencia ducal del paseo de Colón, hubo aquella noche una pequeña fiesta.

La comida, de dieciocho cubiertos, fué servida en el jardín, con la esplendidez que es proverbial en aquella morada, y allí transcurrieron deliciosamente las primeras horas de la velada, hasta que el excesivo fresco llevó a los invitados al salón de fiestas, donde fueron obsequiados con una interesante sesión cinematográfica.

Entre las personas que acudieron a felicitar a la bella e ilustre duquesa, recordamos a la duquesa de Santo Mauro, marquesa de Santa Cruz y condesa de San Martín de Hoyos, duquesa y duque de Miranda, marquesa y marqués de Argüeso y señorita de Morenes, condesa y conde de Ribadavia, duque de Almodóvar del Valle, señores Urruela, Asúa, Morenes y Arteaga y muchos otros.

Toda la Real familia envió también a la duquesa de Medinaceli expresivas felicitaciones.

El gentil hombre de cámara de S. M., don Cándido R. de Celis, ha marchado con su padre y con su hijo el marqués de Trevolar a visitar las posesiones de éste, que radican en las provincias de Salamanca, Zamora, Valladolid, Palencia y Burgos. A fin de Agosto se trasladará a San Sebastián, en donde pasará con su distinguida familia, el mes de Septiembre.

Ha dado a luz con toda felicidad un hermoso niño la baronesa de Torrellas, hija de los marqueses de San Vicente y Velilla de Ebro, quienes siguen recibiendo muchas manifestaciones de pésame por la muerte de su heroico hijo, el capitán de Regulares don Ramón Jordán de Urries.

También han dado a luz felizmente: una niña, en Polonia, la princesa Raniero de Borbón, hija de los Condes Zamoyski e hija política de los condes de Caserta; un niño, la esposa de don Luis Cienfuegos y Bernaldo de Quirós (nacida Victoria García Baxter), y otro niño, en la Granja, la condesa de Albiz.

Este recién nacido recibió en la pila bautismal el nombre de Jaime, siendo apadrinado por su abuela la marquesa de Medina y su tío don Manuel Comyn.

En la parroquia de San Jerónimo se ha celebrado la boda de la bella señorita Carlota Rodríguez Vecino, hija del ilustre escritor don Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional, con D. Francisco Lameña.

Bendijo la unión y pronunció una elocuente plática el obispo de Madrid-Alcalá, doctor don Leopoldo Eijo.

Fueron padrinos la madre del novio, doña Carmen Cahete de Lameña, que, a causa de su delicado estado de salud, fué representada por la madre de la novia, y el Sr. Rodríguez Marín.

Firmaron el acta matrimonial D. Manuel Saralegui, D. Emilio Cotarelo, D. Manuel Sandoval, D. José María de Ortega Morejón, D. Marcos Rafael Blanco Belmonte, D. Manuel Iborra Pérez, D. Antonio Lameña, D. Teodoro Pérez de Eulate y D. Luis Pérez del Pulgar y Burgos.

Deseamos a los nuevos esposos felicidades sin cuento.

Le dijo a Santoncha, Clara su novia: «¿Qué mandaremos, cuando tu y yo nos casemos, a nuestros amigos, para que la esplendidez se vea?»
Y le contestó Santoncha: —«Pues esas cajas de concha que La Duquesita crea.»

A fines de Agosto se proponen emprender su anunciado viaje a los Estados Unidos, los duques de Alba, con los de Peñaranda y los vizcondes de la Rochefoucauld.

Los duques de Montellano han sido obsequiados con un té en París por el barón Pichón y su hermana la vizcondesa de Fontenay, hermana del embajador de Francia en Madrid.

Por los señores de Gómez Amorós, para su hijo D. Pedro Gomez Ester, ha sido pedida a los marqueses de la Vega de Retortillo la mano de su ahijada la señorita María Ana Gálvez y Sanz.

También han sido pedidas las manos: de la señorita Felisa Iturbe para D. Domingo Gallástegui, y de la señorita Carmen Lozano para don José de Gandarias.

En la antigua iglesia parroquial de Santa María, en San Sebastián, se ha celebrado la boda de la señorita Luisa Periquet y García de los Ríos, con el joven abogado donostiarra don José María de Amilibia y Machimbarrena, primogénito de los marqueses de la Paz.

La duquesa de Pastrana se encuentra completamente restablecida de su reciente dolencia.

Noticias de La Granja dan cuenta de lo muy divertida que se halla aquella colonia veraniega. El día del santo de la Reina Doña Cristina corrieron las fuentes y hubo especial animación en aquel Real Sitio. Allí acudieron numerosos curiosos para presenciar el espectáculo. Unos procedían de Segovia, El Escorial, Cercedilla y San Rafael, y otros de Avila y aun de Madrid.

Su Alteza la Infanta Doña Isabel presidió el acto, y una vez más fueron admirados por los curiosos los juegos de la Fuente de las Ranas, las bromas de la del Canastillo y el alto surtidor de la de la Fama.

Muchos excursionistas se dirigieron después a merendar a la Boca del Asno, donde funciona, como el año anterior, un excelente restaurant.

Enorme liquidación

de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

En la casa de salud de Santa Cristina y Escuela de matronas se ha dejado sentir una vez más la generosidad de nuestros Reyes, que al asistir a la inauguración de dicho establecimiento, ofrecieron apadrinar al primer niño y a la primera niña que nacieran allí.

La suerte ha hecho que correspondiera este honor al hijo de un pobre albañil y a la hija de una desvalida mujer a quien reveses de fortuna redujeron a situación penosísima.

En la capilla del establecimiento, en la pila bautismal de Palacio, donde reciben este sacramento los hijos de los grandes de España, se ha verificado la ceremonia del bautismo, representando a Su Majestad el Rey el marqués de la Torrecilla, y a la Reina, la duquesa de Santo Mauro y poniéndose a los neófitos los nombres de Alfonso y Victoria.

Sus Majestades han donado a sus ahijados cartillas liberadas de los Previsores del Porvenir.

Los señores de Pelizaeus han obsequiado, en su elegante hotel de la calle de Zurbano, con un banquete al Nuncio Apostólico monseñor Tedeschini.

Los demás comensales fueron: la duquesa y el duque de T'Serclaes, la marquesa y el marqués de Benicarló, la condesa y el conde de Arcentales, el magistrado del Supremo señor Ortega Morejón, el señor Asúa y algunos otros.

Por Reales decretos han sido rehabilitados sin perjuicio de tercero de mejor derecho, los títulos de marqués de Morbecq a favor de don Luis Pérez de Guzmán y San Juan, hijo del duque de T'Serclaes y de marqués de Santa Fe de Guadalupe a favor de doña María de las Angustias Pérez del Pulgar y Alba.

En su casa de Montornés, el conde de Santa María de Sans ha ofrecido una comida a Sus Altezas los Archiduques de Austria Leopoldo Salvador y sus hijas las Princesas María de los Dolores, Margarita, Inmaculada y Asunta, asistiendo, además, los barones de Terrades y su hermana, la señorita Paquita Muntadas.

Ha sido nombrado segundo secretario de la Legación de España en Budapest el diplomático don Francisco de Muns, que prestaba servicio en el Ministerio de Estado.

El señor Muns, que saldrá en breve para su destino, está casado con una distinguida dama perteneciente a la aristocracia rusa, que se había captado numerosas simpatías en la sociedad madrileña.

Se ha celebrado en la Parroquia de San José la boda de la bellísima señorita Pilar Jordán de Urries y Magalhaes, hija de los condes de Santa Cruz de los Manueles, marqueses de Lierta, y hermana del marqués de Ayerbe, con don Carlos R. del Amo, perteneciente a distinguida familia española, que reside en California.

Fueron apadrinados por el tío, abuelo de la desposada, marqués de San Vicente y de Velilla de Ebro, quien por la reciente muerte de su hijo el heroico capitán de Regulares de Ceuta, don Ramón Jordán de Urries y Patiño, no asistió a la ceremonia, siendo representado por el conde de Santa Cruz de los Manueles, y la señorita María Luisa Moctezuma, hija de los duques de Moctezuma.

Por causa del luto de la familia de la novia la boda se celebró en la más estricta intimidad.

Los novios, que salieron en viaje para el extranjero, recibieron muchas felicitaciones.

La camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos, saldrá en breve para Bohemia con objeto de pasar una temporada al lado de sus hijos, los Príncipes de Metternich.

Con motivo de celebrar su santo, recibieron el otro día en La Granja, muchas felicitaciones la condesa de Medina y Torres y la marquesa de Selva Alegre.

En testimonio de gratitud por cuanto hizo durante la guerra en favor de los austriacos, ha sido concedido por el Gobierno de aquel país a nuestro ministro plenipotenciario en Viena, don Manuel Alonso de Avila, el Gran Cordón de la República de Austria.

PERICO. EL TONTO

VOSOTROS no le conocisteis, pero habréis oído hablar de él muchas veces.

Era un muchachote de veinte años, fuerte y robusto, que hizo famoso el pueblo donde nació.

Coria y las Batuecas jamás tuvieron un tonto semejante y ni las agudezas del rústico Bertoldo ni de sus descendientes Bertoldino y Cacaseno, pueden siquiera compararse con las hazañas de Perico.

Os contaré las que recuerde, pues fueron tantas, que se necesitaría toda la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo y toda la paciencia poligráfica de un Tostado para reproducirlas en su totalidad.

Fué amigo inseparable del que asó la manteca y con él pasó los primeros años. Un día oyó decir que los huevos se convierten en pollos con el calor y de acuerdo con su amigo tomaron todos los huevos de sus casas y los echaron a la lumbre, gritando:

—¡Atención! ¡Van a salir pollitos al vapor!

Lo que salió, como comprenderéis, fueron chicharrones y un olor y un humo insoportables, que llamaron la atención de los padres de los tontos.

—¿Qué habéis hecho, zanganotes?—preguntaron.

Y como estos se echaran a reír, en vez de dar explicaciones, recibieron una tunda como para ellos solo.

Otra vez se apostaron a ver quien corría más a cuatro manos y tan a pecho lo tomaron, que regresaron a sus casas con los pantalones rotos por las rodillas y éstas cubiertas de sangre y polvo.

Por fin se llevaron al servicio al que asó la manteca.

En el cuartel, a fuerza de arrestos, lo despavilaron; pero no ocurrió así con Perico, que cuando fué, tuvo que volver inmediatamente, porque al hacer la instrucción pisaba a todos sus compañeros y cuando le gritaban «¡alto!», se subía a los árboles. De nuevo en el pueblo, sus padres decidieron darle a guardar tres cabras y una borrica.

—¡Ten mucho cuidado!—le advertieron.—Mira que como un día te roben algún animal, te irás por esos mundos benditos de Dios.

Perico, muy tempranito, subido en su pollina y seguido de las tres cabritas, salió al campo. Hacia un sol magnífico.

Conque se tumbó a la sombra de un árbol y se puso a jugar al toro con los saltamontes. Cuando sintió hambre, sacó del zurrón un enorme trozo de pan

y lo colocó en el suelo a su lado; pero en esto le llamó la atención un nido de petirrojos que había en un árbol y, ¡hala! a trepar tronco arriba. Pero como el nido estaba al extremo de una rama no muy gruesa y Perico, ya hemos dicho que era muy gordó... ¡catapúm! se partió la rama y cayó de cabeza en el río.

—¡Socorro! ¡Que me ahogo!—exclamaba.

Peró allí no había nadie y nadie le podía oír. Conque cuando se cansó de pedir auxilio y vió que no se ahogaba, porque el río apenas si tenía un palmo de agua, se levantó y fué a buscar su panecillo. ¡A buena hora! Su panecillo

¿Qué tal lo pasaste, Periquito?

—Muy bien. Solo que tengo hambre.

—No te apures, hijo, que ya comerás. ¿Y las cabritas?

Detrás de mi han venido todo el camino.

Conque fueron a buscarlas y ¡que si quieres! En cambio, advirtieron que el pollino llevaba tres campanillas en el rabo.

—¡Ah, tonto, más que tonto! ¡Largo de aquí!—vociferaron sus padres; y dándole un puntapié, cerraron la puerta y le dejaron a la intemperie.

¡Pobre Periquín! Lloró que te llora se volvió al campo, y al abrigo de una peña se acostó. Llevaría así como media hora, cuando sintió que hablaban cerca de él. Se puso a escuchar y oyó que decían:

—Esta noche saldremos a robar a unos mercaderes que han de pasar por la carretera.

—¿Y quién se quedará en la casa?

—En la casa dejaremos a este bruto, ya que no sirve para nada, que haga las veces de portero.

Perico se escondió más aún. A poco, de una cueva, cuya entrada estaba al otro lado de la peña, fueron saliendo hasta veinte ladrones. Cuando salió el último y ya no se le veía entre los árboles, Periquito quiso conocer al bruto de que hablaban los bandidos.

—¡Alto! ¿Quién va?—gritó una voz que le era conocida.

—Perico, el tonto—respondió él.

¡Qué alegría! Apenas el portero de los ladrones se enteró de quien era, se echó en sus brazos, lleno de gozo.

—¿Pero eres tú?

Exclamaron casi a un tiempo los dos. Y se reconocieron. El prisionero de los bandidos era el que asó la manteca.

Pusiéronse de acuerdo y cargaron con el oro y las alhajas que tenían los facinerosos y de prisa, volvieron al pueblo. Periquín subió al campanario y se puso a repicar. Los vecinos salieron asustados.

Entonces Periquín, asomándose al campanario, dijo:

—¿Quiénes son los dos tontos más tontos del mundo?

Todos respondieron:

—Periquín y el que asó la manteca.

—Pues para que veáis que a veces los tontos se pasan de listos. Aquí traemos la riqueza para todos.

Y comenzó a tirar monedas de oro.

El entusiasmo fué indescriptible.

Aplaudieron y festejaron a los dos amigos. Los padres de Perico le pidieron perdón. Todo el pueblo adquirió Colonia «Flores del Campo» y ya no hubo pobres en aquella aldea. PRÍNCIPE SIDARTA

ANTES DE IR AL BAILE

AL CINE * AL TEATRO * AL SPORT

USE LA LOCION HIGIENICA

SUDORAL

LA UNICA QUE «SIN SUPRIMIR» EL SUDOR, LA DESODORA E HIGIENIZA SIN MANCHAR EL VESTIDO

RECOMENDADA POR TODAS LAS EMINENCIAS MEDICAS. COMO EL UNICO ESPECIFICO PARA SUPRIMIR EL MAL OLOR DEL SUDOR

... CREACION DE LA ...

PERFUMERIA FLORALIA

entre los pájaros y las hormigas desapareció y Perico, muerto de ganas, emprendió el regreso. Las cabritas llevaban al cuello sendas campanillas e iban detrás de la borrica que montaba el tonto. Conque al pasar por un bosque de pinos, tres ladrones que estaban ocultos, decidieron robarle el ganado.

Perico, escuchando las campanillas de las cabras, marchaba confiado sobre su cabalgadura.

—¡Arre, Mariposa!

Entonces los ladrones, con mucho cuidado, quitaron del cuello las campanillas al pequeño rebaño y con el mismo cuidado y sin que el tonto se apercibiese, las ataron al rabo de la pollina y escaparon. Naturalmente, Periquín sentía detrás de él el ruido, tanto mayor, cuanto mas movía el asno la cola, y muy satisfecho cantaba.

—No hay pastor que se compare

a Perico en el lugar,

pues cuando monta en su burra

las cabras vienen detrás.

Bueno, pues llegó a su casa tan alegre. Sus padres, al verle, le dijeron:

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULT MAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES

DE LA
FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustin

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa, y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CABATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15.

MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ostolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS

Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
-505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Supervivencia.
Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

Casa APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

"AZORIN" Y SUS "LECTURAS ESPAÑOLAS"

El maestro Azorin ha sido elegido, entre la aprobación general, académica de la Española. Pocos espíritus tan sutiles y tan cultivados y pocos estilos tan hechos como el de este escritor, joven aún, que se impuso, desde sus primeros pasos por las sendas literarias, con la fuerza de su talento, su cultura y su voluntad.

Nosotros sentimos una profunda admiración por Azorin. Hubiésemos querido traducir ese sentimiento en algún homenaje digno de él y de su obra. Pero no hay a nuestro alcance más procedimiento que uno; y ese es el que ofrecemos a nuestros lectores en la seguridad de que nos lo agradecerán.

Nos hallamos en plena temporada estival. Centenares de familias han marchado a las plazas y a los campos en busca de fresco y de salud. En la soledad del monte o frente al mar, nada hay más grato que una buena lectura. ¿Y cual mejor que una cualquiera, de Azorin, precisamente de su libro *Lecturas españolas*, publicado con un fin verdaderamente patriótico? Entre ellas encontramos una crónica, cuyo tema es el más apropiado, para que pueda ser apreciado y gustado entre pinares o bajo los álamos blancos de una alameda.

Dicen de este modo sus principales párrafos:

GUEVARA Y EL CAMPO

¿No te place, lector, la vida campesina? ¿No te placen las altas y quebradas montañas, los redondos y suaves alcores, las cañadas, los valles y collados, las hondonadas plácidas en que crecen, ávidas de humedad, las pomposas y rotundas higueras, los llanos grises, o verdeantes con el alcacel temprano, o amarillentos con los panes granados? ¿No te placen las fontecicas u montañares que manan de las peñas en transparentes y callados hilos, los arroyos que corren sobre lecho de blancos guijos, los ríos claros con álamos en sus riberas? ¿No te placen las frondas tupidas, las alamedas, las saucedas, las moraledas, los largos y umbríos viales de toda suerte de árboles? ¿No te placen los árboles selváticos, independientes, que crecen solitarios, bravíos, en los montes y en los barrancos: el allozo, el acebuche, el maguillo, el cabrahigo? ¿No amas, en fin, el vivir sosegado, ecuánime, sedante de la aldea? Aquí tenemos al alcance de la mano un breve libro. Se publicó en 1539: su autor es D. Antonio de Guevara; en su portada lleva el siguiente título: *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*. D. Antonio de Guevara escribió su librito después de haber corrido mucho por el mundo y haber vivido mucho; elogiaba la aldea después de haberse ahitado de los tráfigos mundanales. El propio autor lo dice en el prólogo de su libro: «En estos tiempos pasados vi la corte del emperador Maximiliano, la del Papa, la del rey de Francia, la del rey de Romanos, la del rey de Inglaterra, y vi los señorios de Venecia, de Génova y de Florencia, y vi los Estados y casas de los principes y potentados de Italia.» D. Antonio de Guevara corrió tanto por el mundo como después corrió D. Diego de Saavedra Fajardo, que se pasó cuarenta años fuera de España. Alcanzó Guevara grandes dignidades y preeminencias, y, ya viejo, escribió este libro, en que hace el elogio de la vida solitaria y retraída: «En ninguno de mis libros—dice él—he fatigado tanto mi juicio, ni me he aprovechado tanto de mi memoria, ni he adelgazado tanto mi pluma, ni he podido tanto mi lengua, ni aun he usado tanto de elegancia.» Como venero de léxico, como repertorio de voces del campo y del vivir menudo y vernáculo, bien puede ponerse este librito al lado de *La losana andaluza*, del cura Delicado, y del *Observatorio rústico*, del otro buenazo clérigo D. Francisco Gregorio Salas.

Abramos y repasemos el *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*. D. Antonio de Guevara nos revela una porción de encantos y atracciones de la vida campestre. El que viva en la aldea no mudará posada todos los días, no conocerá condiciones nuevas, no sacará cédula para que le aposenten, no trabajara que le pongan en la nómina, no tendrá que servir a aposentadores, no buscará posada cabe Palacio, no reñirá sobre el partir la casa, no dará prendas

para que le fien la ropa, no alquilará camas para los criados, no adobará pesebres para las bestias, no dará estrenas a sus huéspedes. En la aldea cada uno se puede andar por ella, no solamente solo y en cuerpo, mas aun a pie caminar o se pasear sin tener mula ni mantener caballo. El que vive en la aldea ahorra de buscar potro, de comprar mula, de hacerla almohazar, de tustarle las crines, de comprar guarniciones, de adobar frenos, de henchir las sillas, de guardar las espuelas, de remendar los arzones, de herrarla cada mes, de darle verde, de encerrar paja, de ensilar cebada. En la aldea se puede uno poner libremente a la ventana, mirar libremente desde el corredor, pasearse por la calle, sentarse a la puerta, pedir silla en la plaza, comer en el portal, andarse por las eras, irse hasta la huerta, beber de bruces en el caño, mirar cómo bañan las mozas, dejarse convidar en las bodas, hacer colación en los mortuorios, ser padrinos en los bateos. Vida sanísima es la de la aldea: allí no aportan bubas, no se apega sarna, no saben qué cosa es cáncer, nunca oyen decir perlesia, no tiene allí parientes la gota, no hay cofrades de riñones, ni tiene allí casa la ahijada, ni moran las opilaciones, ni a nadie se escalienta el hígado, ni a ninguno toman desmayos.

Espíritus novelescos y descontentadizos podrán decir que la vida en la aldea es aburrida e incómoda. No hay tal; de poco conocedor de la aldea se acreditará quien eso diga. El que mora en la aldea, toma gran gusto en gozar la brasa de las cepas, en escalentarse a la llama de los manojos, en hacer una tinada de ellos, en comer las uvas tempranas, en hacer arropo para casa, en colgar uvas para el invierno, en echar orujo a las palomas, en hacer aguapié para los mozos, en guardar una tinaja aparte, en avejar alguna cuba de añejo, en presentar un cuero al amigo, en vender muy bien una cuba, en beber de su propia bodega. Pero hay más: se pasa también agradablemente el tiempo en pescar con vara, armar pájaros, echar buitrones, cazar con hurón, tirar con arco, ballestear palomas, correr liebres, pescar con redes, ir a las viñas, adobar los bardos, catar las colmenas, jugar la ganaperdie, departir con las viejas, hacer cuenta con el tibernero, preguntar nuevas al mesonero. Y todavía hay también otros pasatiempos en la aldea, tales como oír balar las ovejas, mugir las vacas, cantar los pájaros, graznar los ánsares, gruñir los cochinos, relinchar las yeguas, bramar los toros, correr los becerros, saltar los corderos, empinarse los cabritos, cacarear las gallinas, encrestarse los gallos, hacer la rueda los pavos, mamar los terneros, habitarse los milanos, apedrearse los muchachos, hacer puchericos los niños, pedir blanca los nietos. (Entre paréntesis diremos, con toda clase de respetos, que el autor ha olvidado en su enumeración algunos otros pasatiempos similares y más o menos melódicos, como latir los perros, gañir las zorras, croar las ranas e himplar las panteras... si en la aldea hubiere panteras.)

Pues, ¿qué diremos de los mantenimientos y yantares de que se puede gozar en la aldea? Lo primero de todo, el pan. En la ciudad se come el pan mal lleudado, quemado, avinagrado o mal cocho, en la aldea, no. En la aldea comen el pan de trigo candeal, molido en buen molino, abechado muy despacio, pasado por tres cedizos, cocido en horno grande, tierno del día antes, amasado con buena agua, blanco como la nieve y foto como la esponja. En la aldea se comen palominos de verano, pichones caseros, tórtolas de jaula, palomas de encina, pollos de enero, patos de mayo, lavancos de río, lechones de medió mes, gazapos de julio, capones cebados, ansarones de pan, gallinas de cabe, el gallo, liebres de dehesa, conejos de zarzal, perdigones de rastrojo, peñarás de lazo, codornices de reclamo, mirlas de vaya, zorzales de vendimia. ¡Oh, cuánto es honrado un bueno en una aldea!—exclama nuestro autor—. Porque al que es bueno y quieren honrarle, le presentan guindas el que tiene buena guindalera; brevas el que las tiene más tempranas; melones, si le salieron buenos; uvas, si las tiene moscateles; panales, el que tiene colmenas; palominos, de la primera cria; morcillas, si mata puercos; gazapos, el que los arma; fruta, el que

tiene huerta; truchas, el que tiene red; besugos, el que va a mercado; hojaldras, el que amasa el sábado.

«¡Oh, cuánto va de invernar en la ciudad a invernar en la aldea! Nunca falta en la aldea roble en la dehesa, encina de lo vedado, cepas de viñas viejas, astillas de cuando labran, manojos de cuando sarmientan, ramas de cuando podan, árboles que se secan o ramas que se derrochan. Todo esto se viene a la mano, mas cuando ello falta y hay necesidad, pónense a derrocar bardas, a quemar zarzas, a rozar tomillos, a escamondar almendros, a remudar estacas, a partir rozas, a arrancar escobas, a cortar retama, a recoger orujo, a guardar granzones, a secar estiércol, a traer cardos, a coger serojas y aun a buscar boñigas.»

¿Qué piensas, lector, de todo esto? ¿No te agrada la vida del campo? Por no hacer prolija y enojosa la enumeración dejamos de transcribir muchas otras de las excelencias que Guevara asigna al vivir de la aldea. Pero no todos los autores han tomado partido por el campo en contra de la ciudad. En 1830 D. Juan Eugenio Hartzenbusch trajo un cuadro de costumbres titulado *El madrileño en la aldea*; lo coleccionó en sus *Ensayos poéticos y artículos en prosa*, publicados en 1843. Un madrileño—Alfredo—siente ganas de esparcirse una temporada en el campo; se encamina hacia un aldeorrio. Durante el viaje le ocurren peripecias desagradables. En el pueblo, a su llegada, las personas que le aguardaban le reciben con entusiasmo y efusión. «Media hora después ya ha habido diez disputas en el lugar sobre el motivo de la venida de Alfredo y le han casado con todas las solteras del vecindario.» La noche de su llegada le dan una abrumadora cena, nuestro personaje se abita; la comida le sale por el galillo. Al día siguiente se levanta a las nueve; causa extrañeza tan desusada tardanza; las nueve es hora en que ya hace una que ha almorzado el cura del pueblo. Alfredo va a casa del alcalde a visitarle; la alcaldesa toma una sofoquina: se escandaliza de que «el señorito de Madrid venga a visitarla en traje indecente, es decir, sin capa.» Los trajes que el madrileño lleva por el pueblo llaman la atención de los vecinos: escandalizan. En la casa donde Alfredo para se creen en el caso de hacerle una advertencia a este respecto; pero, para llegar a tal trance—¡la cosa es delicada!—, «primero tratan de ovejas y luego de esquilero, después de lana, luego de paños y, por último, de ropa de hombres.» Una noche en que Alfredo sale a dar una vuelta por el pueblo, una banda de jayanes le coge para darle un bromazo; no se puede salir a rondar por primera vez sin pagar la licencia a los mozos. Los señoritos de Madrid deben guardarse de mirar a las belldades aldeanas; por haber mirado Alfredo a una, los mozos intentan darle una soberbia paliza; nuestro personaje trata de defenderse, disparando unos tiros. Su actitud produce en el pueblo una tremenda indignación: todos le denostan y zahieren. Le complacan, sin comerlo ni beberlo, en unos amores. Le obligan a dar palabra de casamiento. Su vida se hace imposible en la aldea. Nuestro personaje regresa a la Corte... «dejando en el pueblo la opinión más triste de la moralidad madrileña.»

Lector: ¿cómo resolveremos este pleito: campo o ciudad? ¿Con qué vida nos quedaremos? Quitemos las hipérboles y exageraciones a lo dicho por Guevara y a lo expresado por Hartzenbusch. ¿Preferiremos la aldea o la ciudad? «Me dirijo hacia un pueblecillo—dice La Bruyère en sus *Caractères* capítulo V—; me dirijo hacia un pueblecillo y estoy ya en una loma desde donde lo columbro. Está situado no lejos; un arroyo lame sus muros y se pierde luego en unos prados. Hay en los alrededores del caserío un tupido bosque que lo resguarda de los cierzos y vendavales. La atmósfera es tan diáfana que puedo contar las torres y campanarios del pueblo; parece que está pintado en la misma ladera. Me entusiasmo y exclamo: ¡Qué placer el de vivir bajo un cielo tan bello y en un lugar tan delicioso! Entro en el pueblo. A los dos días de estar en él ya me parezco a todos los que allí viven: siento deseos de marcharme.»

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

EL PALACIO DE LOS DUQUES DE ALIAGA

La ilustre familia de los duques de Hajar merece, por su gran importancia en nuestra Historia, una crónica entera dedicada a sus títulos, servicios y prerrogativas. Representada hoy por un noble prócer que goza en la sociedad madrileña la máxima consideración, hablaremos en otra ocasión, con todo detenimiento, de don Alfonso de Silva y Campbell, que al título antedicho une el de Palma del Río, también con grandeza de España; el marquesado de Almenara y el condado de Ribadeo, así como de la que fué su esposa doña María Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, hija del XV duque de Medinaceli y tía carnal del actual duque. No es ahora nuestro propósito, por no cosentirlo el espacio de que hoy disponemos, examinar los antecedentes de tan ilustres títulos ni detenernos a explicar el privilegio que el duque de Hajar tiene, como conde de Ribadeo, de recibir todos los años el uniforme que Su Majestad el Rey viste en el día de la Epifanía; privilegio otorgado, como recompensa por un inestimable servicio, a un noble antecesor del duque.

Sirvan, sin embargo, los anteriores renglones de precedente para hablar de otro matrimonio ilustre, que pudiéramos llamar derivado de aquél: los duques de Aliaga, hijos de los duques de Hajar y herederos de sus títulos y grandezas.

El duque de Aliaga, conde de Aranda y de Salvatierra, don Alfonso de Silva y Fernández de Córdoba, goza hoy en la sociedad española de una gran posición social. Casado con una distinguida dama de opulenta familia bilbaina, doña María del Rosario Gurtubay y González de Castejón, tuvo de su matrimonio una sola hija, que es hoy la esposa feliz del duque de Alba.

Como primogénito de la casa de Hajar, está en posesión del ducado de Aliaga, título creado como condado «por real cédula de don Juan II de Aragón, en 31 de diciembre de 1471, a favor de don Juan Fernández de Hajar, quinto señor y primer conde de Hajar, conde de Belchite y otros Estados, e hijo de don Juan Fernández de Hajar, llamado «el orador», y de doña Timbor de Cabrera, su esposa. Al mismo noble señor, en Zaragoza, el 10 de Julio de 1481 otorgó la Reina doña Isabel I nuevo privilegio «para cobrar cualesquiera tributos reales en el condado de Aliaga». Y en Córdoba, a 10 de octubre de 1487, el Rey don Fernando el Católico le ratificó el título elevándolo a ducado, diciendo así en la real cédula de merced: «Y porque la dignidad ducal en vuestra casa de Hajar ha de permanecer perpetuamente en los descendientes primogénitos de la dicha casa y para que perseverare en la memoria vuestros méritos, queremos que vos, don Juan, ilustre duque de Hajar, si quisieréis, podáis renunciar y ceder el Estado y la dignidad de duque de Aliaga, en la cual quiero elevaros, durante vuestra vida y por razón de muerte, con tal que esta renuncia o donación se haga entre vuestros descendientes legítimos, de legítimo matrimonio, varones o hembras, en los cuales haya de permanecer perpetuamente al dicho Estado de Aliaga...»

Los duques de Hajar no usaron de tal donación o renuncia hasta el 13 de Agosto de 1754, fecha en que el duque don Joaquín hizo donación del título, con la grandeza que llevaba aneja desde 1598, a su hijo primogénito don Pedro Alcántara. Por el mismo procedimiento cedió éste luego el ducado a su hijo don Agustín en 1784, con carácter temporal, resultando así que al fallecimiento de don Agustín volvió el título al tronco de donde procedía, uniéndose nuevamente al ducado de Hajar en la persona de don José Fadrique Fernández de Hajar y Palafox y Centurión, ilustre progenitor del actual duque.

En cuanto al condado de Aranda, que lleva también el duque de Aliaga, fué un título concedido en 1508 a don Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Urrea. La grandeza de España le fué otorgada en 1626 al quinto conde don Antonio Ximénez de Urrea, y nadie ignora que más tarde obtuvo el condado lustre y fama por pertenecer al célebre político, ministro del Rey Carlos III.

Los duques de Aliaga, que tales antecedentes

nobiliarios tienen y que tan brillante posición ocupan, son muy queridos y estimados entre la sociedad madrileña, a la que obsequian frecuentemente con magníficas fiestas en su espléndido palacio del paseo de la Castellana.

Los Reyes y los Infantes han honrado varias veces con su presencia estas fiestas. La comida seguida de baile que se celebró en enero de 1919 y la fiesta de la misma índole que hubo en Junio de 1921—ambas con asistencia de Sus Majestades y Altezas,—dejaron imborrable recuerdo en cuantos concurren a ellas, por su brillantez extraordinaria. En Julio de 1918 y en mayo de 1917 dieron los duques de Aliaga otros grandes bailes a la sociedad aristocrática. Ellos sirvieron para que las familias más distinguidas y las personalidades más prestigiosas conocieran y admiraran la suntuosa residencia construida por los duques en el trozo del mencionado paseo de la Castellana comprendido entre las estatuas de Castelar y del general marqués del Duero.

Hermoso es, en verdad, el palacio. De construcción moderna, puede afirmarse que hasta hace unos años no ha sido terminado por completo en su decoración interior. Es de estilo francés y hace honor al arquitecto director de las obras Saint Ange, de aquella nacionalidad, que reprodujo en él los esplendores del tiempo de Luis XV. Y al acierto del arquitecto se han unido el inestimable tesoro de las numerosas joyas de arte de las casas de Medinaceli e Hajar y el buen gusto de una dama de depurado gusto artístico, que supo dictar sus inspiraciones a decoradores valiosos.

La fachada principal del palacio muestra dos pisos importantes: el bajo y el principal. La puerta se halla en un extremo y toda la traza de la fachada, del estilo antedicho, es verdaderamente señorial. En lo alto, sobre el balcón principal, campea el blasón histórico de los Silvas, rematado por la corona de los Grandes de España.

La otra fachada importante es la posterior, que da al jardín. Tiene el aditamento de una elegante terraza. El jardín es precioso y está limitado por tapias cubiertas de yedra. Grandes plátanos y castaños dan extensa sombra y hay rincones extraordinariamente bellos como aquel en que se destaca un banco y una mesa de blanco mármol, que tiene todo el primor decorativo de un trozo de jardín que hubiera dibujado Le Notre. En un rincón ofrece su nota alegre un campo de *tennis*.

El interior del Palacio es muy interesante. A la derecha del zaguán y al pie de una preciosa escalera, magnífico recuerdo de la del Pequeño Triánón, se halla un amplio vestíbulo, cuyas losas de mármol blanco aparecen cubiertas en invierno por muelle alfombra de color azul con franja amarilla. En un ángulo descansa una antigua y artística silla de manos «Vernis-Martin», cual si acabara de depositar la carga de alguna aristocrática belleza.

Una galería de columnas de mármol rosado da acceso a los salones de la planta baja, que son los principales de la noble mansión.

Figura, en primer término, el de baile, decorado en blanco y oro, con sillaría y cortinajes de terciopelo azul oscuro y con grandes arañas

TESORO DE LA POESÍA CASTELLANA MADRIGAL

Dijo el amor, sentado a las orillas
de un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas,
no retocéis con el lascivo viento;
que duerme Galatea, y si despierta,
tened por cosa cierta
que no habéis de ser flores
en viendo sus colores,
ni yo de hoy más amor, si ella me mira.»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

FELICIANA ENRÍQUEZ DE GUZMÁN.

de cristal antiguo. Entre otros cuadros se admiran allí uno, muy bello, que representa la entrada de un duque de Osuna en Milán.

Contiguo a este salón está otro, también muy suntuoso y elegante, llamado «del tapiz», por conservarse en él uno de incalculable precio, procedente de la gran colección de los duques de Medinaceli. Está tejido en oro, plata y sedas, y fué hecho en Flandes con cartones de Rafael Sanzio de Urbino. Los demás tapices de la misma colección, los conserva el actual duque de Medinaceli en la armería de su palacio.

Otro salón, más pequeño, que hay a continuación, tiene, entre otros atractivos, el magnífico retrato de doña Cayetana de Silva, duquesa de Alba, debido al pincel de Goya, y un mueble soberbio de ébano, concha, marfil y bronce, que perteneció al Emperador Carlos V, según la auténtica que en la casa se conserva y en cuyo interior existe un suntuoso relicario de oro y plata, primorosamente cincelado y con incrustaciones de amatistas.

El comedor es otra de las estancias mejores. Tiene los muros de mármol negro vetado de blanco, con adornos de bronce dorado, y sobre ellos se destacan dos espléndidos tapices de los Gobelinos, con escenas versallescas. Se admira también allí un soberbio biombo de laca de Coromandel, que es el trabajo japonés más apreciado por los coleccionistas, por ser ya muy raras las piezas antiguas de esa clase que se conservan. También es muy bella la lámpara, que recuerda la famosa del arsenal de París.

En otros salones—y aun en los antedichos—figuran otras muchas obras de arte, entre las que merecen mención: una mesa italiana, sobre cuyo tablero de ébano hay preciosas incrustaciones de marfil; dos buenos retratos de los duques de Liria, abuelos del actual; un lienzo de Van Loo, que representa a *Diana Casadora*; un cuadro de Ricci, que reproduce la entrada de un duque de Hajar en Nápoles, y otros muchos cuadros, muebles, porcelanas y tapices antiguos, que completan el decorado. También son dignos de anotar un centro de mesa de bronce cincelado, que fué de la casa de Medinaceli; una vajilla de blasonada cristalería, y un mantel de antiguo damasco carmesí.

La escalera, de que ya hemos hablado, conduce a las habitaciones del piso principal, no menos suntuosas y artísticas. La galería que ante la vista se ofrece allí, forma contraste con la traza general del palacio, pues es de severo estilo español del siglo XVII, tan opuesto a la fastuosidad del tiempo de los Borbones franceses. Alumbran por la noche la galería faroles de hierro forjado y grandes hacheros. En el centro aparece el retrato ecuestre de un conde de Aranda, frontero a una sillaría de coro de nogal tallado, ennegrecido por la acción de los siglos.

Atravesando esta galería se llega a los salones que guardan la colección de trajes de Reyes de España, de los duques de Hajar, a que antes hicimos referencia. Figuran en lo que ya es verdadero Museo los trajes de los Soberanos desde la Restauración, pues los anteriores desaparecieron en la época revolucionaria y no ha sido posible recuperarlos.

Aparecen perfectamente dispuestos dichos trajes en elegantes vitrinas de caoba. Son muy curiosos: el uniforme con que don Alfonso XII hizo su entrada en Madrid al frente de las tropas victoriosas de la guerra del Norte; el que llevaba el mismo Soberano cuando el atentado de París; el traje de cristianar de don Alfonso XIII, y todos los demás, año por año, del actual Monarca.

Tal es lo más notable de la suntuosa residencia, que es rincón de arte y testimonio perenne de la lealtad monárquica de una familia patriótica. Por eso, en los días de gala, puede mostrar orgullosamente el palacio en sus balcones, los amarillos reposteros de la casa, cuyos escudos, con los timbres de los Fernández de Hajar, de los Silva, de los Fernández de Córdoba y de los Campbell, recuerdan muchas páginas gloriosas de la Historia de España.

DIEGO DE MIRANDA